

# universo **centro**

Cualquier cosa, menos quietos

Número 142 Diciembre 2024 - Distribución gratuita

[www.universocentro.com.co](http://www.universocentro.com.co)



# CIUDAD DORMIDA



**M**edellín fue sacudida durante cuatro años por una política insidiosa y corrupta. El inventario de Daniel Quintero es largo en abusos y hondo en bolsillos. No vale la pena enumerar ese prontuario que tiene encartados en la Fiscalía a varios de sus funcionarios. Ni la pandemia pudo ocultar una administración que cargó contra la ciudad alegando cargar contra las élites. Pero algo hay que agradecerles a las plagas, la obligatoriedad de las alertas, la necesidad de sondear comodidades, los obligatorios escudos para el futuro. A Quintero hay que reconocerle que sacó a Medellín, por la peor de las vías, de la comodidad de la poltrona y la hama-ca de la pereza ciudadana y política. Una modorra que solo puede traer estancamiento y complacencia. Quintero fue el jugador que acabó con el partido amistoso en el que vivió la ciudad por al menos dos décadas. Un juego que dejó avances indiscutibles, modales consolidados, alianzas muchas veces constructivas y otras veces confianzudas. Círculos que fueron cerrando los debates necesarios. Quintero ensució la fachada de La Alpujarra, amenazó el sueño de los empresarios, agitó una ciudadanía que confunde el orgullo regional con la aprobación de su clase política y cierta ceguera frente a sus miserias.

Federico Gutiérrez volvió, con una ventaja inédita en las elecciones, más como una fórmula conocida que como un salvador. Como la escoba vieja que barre regular pero ya conoce el recogedor. Ganó con la cédula frente a la herencia funesta de Quintero y a un contrincante de comedia. Y con él regresaron las peligrosas mieles de la calma chicha. La ciudad se conformó de nuevo, la alerta fue pasajera y todo el mundo parece conforme con el déjà vu de Gutiérrez. El gabinete calcado de su primera vez, el tono que parece un eco de su primera vez, las ideas de toda la vida y las taras de todas las veces: alardes de seguridad, anuncios contra el mugre de la calle, populismo vía X y micrófono y volver al carril seguro.

Todo parece muy fácil para el alcalde, aunque su favorabilidad ha bajado cerca de diez por ciento en el primer año según la última encuesta. Además del conformismo a Gutiérrez lo acompaña la buena fortuna: Petro es una gran coartada, su animadversión indiscutible contra “las montañas de mi tierra” hace más fáciles los arrebatos personales, su verborrea incontenible logra que las réplicas sean sencillas y muchas veces ciertas. El alcalde de Medellín tiene la fácil tarea de contradecir al gobierno nacional, de desmentir a Petro, aunque la campaña presidencial de 2022 sea cosa del pasado. Ganar en un plaza en la que la localía lo marca todo. Hasta el gobernador Rendón le ayuda con sus inventos alcabaleros a los que el alcalde con el simple sentido común del contador logra desmontar.


El Concejo de la ciudad es ahora un foro intrascendente para la opinión pública. Un señor con un cucharón como micrófono es la oposición más visible al alcalde. El Concejo es ahora un cabildo

cerrado. Se debaten cuitas personales, se pactan alianzas, se definen grandes negocios como si se tratara de la asamblea del edificio. La ciudad mira la discusión con desdén, no hay liderazgo ni visibilidad. En Medellín ni los famosos “muebles viejos” tienen voz alguna: ni Fajardo, dedicado a su último disparo nacional; ni Aníbal, dedicado al mutismo zen; ni Alonso, dedicado a la lectura y ojalá a la escritura, dicen absolutamente nada. No hay mirada retrospectiva ni un poco de futuro, la ciudad no mira hacia atrás ni levanta la cabeza para mirar adelante. Solo camina con los ojos clavados en el suelo.

Quintero hablaba de proyectos, aunque fueran falsos, humo para tapar su uña larga en los contratos de todos los días. Luego de un año de Gutiérrez no sabemos de un solo proyecto amplio de ciudad, de algo que pueda hacer pensar en una transformación importante. ¿Debemos conformarnos con la reconstrucción, con volver a la comodidad? Lavar las bicicletas de En Cicla, recuperar el morro de Moravia, limpiar a Empresas Varias de los intereses extranjeros, mirar a EPM como orgullo de ingeniería local y fortín público, confiar en Buen Comienzo como jardín y no como botín, conservar el Sistema de Bibliotecas, prender Ruta N, admirar al Jardín Botánico.

El alcalde de Medellín habla de sus prioridades y parece que la ciudad dejó de pensarse: Medellín tacita de plata, alianza Cero Hambre, Buen Comienzo, en el colegio Contamos con Vos, formación en actividades digitales, Medellín capital del entretenimiento, autonomía económica para madres cabeza de hogar, salud mental y proyectos de vida, oportunidades para jóvenes vulnerables. Lugares comunes que son todo y son nada. Prioridades que son, sobre todo, generalidades.

Un cruento ejemplo. Desde hace un año y medio diecinueve exduros de las bandas de la ciudad están reunidos en la cárcel de Itagüí en una mesa redonda que aspira a la paz total. El alcalde ha dicho que no participa en esas negociaciones, que no tiene nada que oír. Pero la menor tasa de homicidios en cuarenta años que la ciudad tendrá al final de este 2024 tiene mucho que ver con las intenciones y las órdenes de esos capos históricos. Ni siquiera sobre ese apaciguamiento que marca oportunidades y riesgos hay un debate público en la ciudad. Solo se celebra una cifra que la verdad no tiene mucho que ver con los esfuerzos institucionales.

Medellín carece de liderazgos públicos, sigue siendo una ciudad ensimismada en sus negocios, en los pudores de los empresarios, en la nulidad de los políticos y en el rebusque de los ciudadanos. La ciudad se quiere tanto que se descuida, sufre de un síndrome narciso. Medellín debe pensar en sus tragedias pasadas y actuales, en el hilo mordido que sostiene algunos resplandores actuales, en las amenazas. Quintero no es solo un mal recuerdo, tiene que ser una lección. Y la ciudad debe tener ambiciones más allá de la cifra de turistas extranjeros que pasan el torniquete del aeropuerto. 

## DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

## EDICIÓN

– Pascual Gaviria

## COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora Meléndez

– David Eufrasio Guzmán

– María Isabel Naranjo

– Andrea Aldana

– Santiago Rodas

– Simón Murillo

– Estefanía Carvajal

## PRODUCCIÓN EJECUTIVA

– Sandra Barrientos

## DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Manuela García

## CORRECCIÓN DE TEXTOS

– Gloria Estrada

## COMUNICACIONES

– Emmanuel Villa

## MONTAJE WEB

– Laura Almanza

Esta es una publicación de la Corporación Universo Centro

## Distribución gratuita

Número 142 Diciembre 2024

Versión impresa - 10 000 ejemplares



universo  
centro

[universocentro.com.co](http://universocentro.com.co)

Puede enviar sus colaboraciones a:  
[universocentro@universocentro.com](mailto:universocentro@universocentro.com)

Debió de ser en el 2005. Fui, como tantos sábados, a La Musiteca, y Saúl me tenía “algo que quizás le guste, viejo Mario”. Era *The Last Time I Did Acid I Went Insane*, el primer álbum oficial de Jeffrey Lewis. Me gustaron esas canciones al instante porque, como las de Leonard Cohen, tenían algo maravillosamente narrativo. Sin ser un gran intérprete, Lewis lograba transmitir con extraordinaria vivacidad el mundo del Lower East Side neoyorquino. Entonces, la zona no era la ciudadela gentrificada que es hoy; los alquileres aún eran baratos, se podía comer bastante bien y, en alguna esquina de Williamsburg, ver a las glorias sobrevivientes del movimiento *beat*.

Por petición de Saúl, traduje tres canciones del disco. Quise publicarlas, pero, por una razón u otra, fui aplazando el proyecto. Hasta que, hace poco más de un mes, el algoritmo de YouTube me devolvió una música y un tiempo que ya había olvidado.

En esos días se conmemoraba el octavo aniversario de la muerte de Leonard Cohen. Así que, sin pensarlo demasiado, me puse a recrear (en el español de Colombia y tomándome algunas libertades) una gran canción que es un homenaje a otra gran canción.



# Sexo oral en el Hotel Chelsea

por JEFFREY LEWIS Y THE JUNKYARD - VERSIÓN DE MARIO JURSIK

• Ilustración de Señor OK

**C**aminaba por la calle 23, cansado y solo. Sabía que, al llegar a casa, mi compañero de apartamento estaría dormido. El letrero de neón rojo anunciaba el Hotel Chelsea, donde Nancy, Sid Vicious y mi amigo Dave vivieron una vez.

La calle se extendía fría y oscura bajo mis pies. No obstante, mi atención estaba vagamente puesta en la gente que iba detrás de mí: dos pelados, quizá homosexuales, vestidos con trajes al estilo *raver* y una chica con gafas que lucía bastante bien.

Su cabello corto y rizado enmarcaba un tatuaje en su espalda que apenas pude ver porque llevaba una camisa roja, sin mangas y con tirantes. (Solo lo noté más tarde, no en ese instante.)

Sin embargo, pude escucharla mientras hablaba de una canción que conocía bien, la canción de Leonard Cohen sobre el Hotel Chelsea.

Sonreí para mis adentros cuando mencionó la parte de la letra que habla de una mujer chupándose a un tipo en una cama revuelta y cómo ella la consideraba escandalosa.

En ese momento, me sentí inusualmente valiente. Podría haberlos dejado riéndose y haberme ido a mi casa. Pero decidí girarme, mirarla y preguntarle:

“¿Leonard Cohen?”. Tan simple como eso.

Ella se sorprendió, pero alegremente, al ver que ahora tenía un testigo que respaldaba su historia. Me miró con sus grandes ojos detrás de las gafas y exclamó: “¡Ves! ¡Te lo dije!”, dirigiéndose a los otros dos pelados.

Mi historia podría haber terminado allí. Pero empezamos a hablar de Leonard Cohen, sobre lo geniales que eran sus letras y cómo cantaba con tanta sinceridad que debía de ser verdad lo que contaba.

Aunque, por lo general, las mujeres no me encuentran interesante al principio, allí estábamos, riendo y charlando, como si de verdad pudiéramos entendernos.

No mencionamos directamente la letra a la que ella había aludido, pero estaba implícita en nuestra conversación. Y fue mejor así porque sus amigos parecían interesados en otra cosa o, al menos, así me lo pareció a mí.

Yo escuchaba el débil murmullo de una oportunidad, aunque ahora que vuelvo atrás es fácil pensar en todas las cosas que podría haber dicho para impresionarla.

Ten en cuenta la triste verdad mientras te lo cuento: en realidad solo hablamos uno o dos minutos, nunca supe su nombre y ella nunca supo el mío,

pero lo pasamos bastante bien en ese momento.

Y, aunque suene inverosímil, escucha lo que me dijo mientras lo recuerdo: que la letra sobre chupársela a otro en la canción de Leonard Cohen le había dado “algunas ideas”.

En ese momento, debí preguntarle si sabía cuánto costaba una habitación doble en el Chelsea. Pero no lo hice, y sé que fui un tonto. Lo único que hice fue escribir esta estúpida canción.

Si yo fuese Leonard Cohen o un maestro similar, sabría que primero te la tienen que chupar y luego escribir la canción. Puedes practicar escribiendo canciones de amor todos los días, pero si no has amado, entonces no tendrás nada que decir.

Hubiéramos podido chupárnosla en la misma cama sin necesidad de mencionar a Leonard, pero yo era demasiado tímido para sugerirlo. Así que, en su lugar, cuando los tres se pararon a mirar por la ventana de un *pub*, me despedí y les deseé buenas noches, aunque no era mi intención hacerlo.

Saludé mientras nos alejábamos. Supe que no la olvidaría porque ella dijo, misteriosamente: “Nos vemos más tarde”. Así que ahora, cada vez que camino por la calle 23, espero encontrármela de nuevo.

Y, por cierto, siempre paso por la calle 23, donde el letrero en rojo brilla con el nombre del Hotel Chelsea, donde una vez vivieron Nancy, Sid Vicious y mi amigo Dave.

La vida no sigue antiguas melodías, por eso entonamos nuevos versos para expresar lo vivido. Si pudiera retroceder en el tiempo y retomar justo donde lo dejamos, tal vez le tocaría esta canción y tal vez no se ofendería demasiado.

Ahora escucha, déjame explicarte por qué hay más en esta situación de lo que parece. Puedes pensar que es triste y patético que cante esta canción y que ella nunca lo sepa.

Pero tómate un momento para reflexionar sobre lo que eso significa y te darás cuenta de que en realidad es algo maravilloso. En todo el mundo puede haber gente cantando sobre personas que apenas conocen.

Y eso me hace sonreír, sí, me hace sonreír. Y déjame decirte que tú también deberías sonreír, porque la próxima vez que te sientas solo y triste, simplemente piensa que alguien, en algún lugar, podría estar cantando sobre ti.

Es imposible saber si volveré a verla. Quizás sí, quizás no. Durante todo este tiempo, ella podría haber estado cantando sobre mí. ©

“Todos los animales  
han venido a buscar  
entre mares de vino  
a la estrella de mar en el fondo del bar...  
Estoy anclado en el fondo del bar  
en el fondo del bar  
en el fondo... en el fondo... en el fondo”.

Stella Maris / Parlantes

# TAMBIÉN HE VISTO LA NOCHE

por FRANCISCO SALDARRIAGA • Ilustraciones de Titania

**Y**o quiero que hablemos de vos, Rafa querido, que viajemos otra vez a esa época de bares, y me contés esa experiencia tuya con la vida de la noche. Quiero que recordemos a esos personajes míticos, y esas leyendas de las que ya solo te acordás vos, una legión de fantasmas etílicos. Yo sé que no vamos a poder ir en orden, ni nos vamos a acordar de todos... Porque la vida no funciona así, y menos el

recuerdo que es un revoltijo caprichoso que nos cambia el pasado, pero hablemos de cómo vos llegás a ese viejo Poblado...

Zarpemos pues a comienzos de los turbulentos ochentas, en el primer puerto al que arribé. En la parte baja del parque de El Poblado estaba el elegante Zaguán de la Plaza; una vieja casona de tapia remodelada con mucha elegancia por Óscar Salazar, un prestante arquitecto que hizo realidad uno de los primeros café-concert de

Medellín, que cerró más pronto de lo que soñó porque a la bohemia de esta villa regateadora le da alergia el gusto refinado que tanto anhela y termina por revolcarse en la recocha popular.

Era en el mismo lugar donde después se levantó El Goce Pagano, que importaba artistas de talla internacional: soneros cubanos, salseros de Nueva York, baladistas españoles y milongueros australes... Todos venían a cantar en vivo y en directo cuando el pastel de los narcos

ya cuajaba y todos recibían su porción. Hasta que una noche de ajuste de cuentas fumigaron a más de uno con metralletas mini-uzi y dejó salado ese local por muchos años, pero llegó La Paila Mocha en los noventa, donde un remolino de muchachos con sacos de abuelitos y tenis pisahuevos llenaron ese antro y le hicieron la contra a esa maldición con sus pogos de grunge y sus rituales de ska bailando como gallinas... Fue ese impulso el que trajo de vuelta a otros



románticos, como al teatrero Fernando Velásquez que al lado fundó Dorothy, un bar que tuvo el atrevimiento de presentar pequeñas obras de cámara consideradas una extravagancia de culto. Que en contra de los pereques mojigatos le terminó de abrir la puerta a una comunidad gay que apenas se asomaba para salir del clóset. Y se sumó al hormiguero alborotado que era el parque. Alcahueteado por Los Saldarriaga, esa cafetería-bar de mi familia; en la que dimos lora y lidia por más de treinta años...

Pero antes de que nos sepulte este arrume de bares volvamos al Zaguán de la Plaza. Yo llego allí porque mi hermano Alberto era el barman, había sido barman en Acuaris, restaurante de día con música clásica del FM y discoteca de noche, la primera de Las Palmas. Entonces a Julio Arango, el administrador del Zaguán, se le ocurrió una idea maravillosa: “Hagamos un entrenamiento de una semana al personal, como lo hacen los elegantes cafés de París, para que abramos por lo alto y demos el mejor servicio que ha visto esta ciudad”. Y un día antes, para distensionar a sus muchachos, les destapa dos botellas de whisky. Al otro día, el de la inauguración, como es de suponer, solo les llega la mitad del personal. Los otros no aparecen, no responden. Desesperado, Julio le suplica a sus empleados fieles y enguayabados que lo ayuden, pero estos no dan abasto atendiendo al *jet set* criollo que atiborra el lugar. “¿Quién conoce amigos o familiares que puedan ayudarnos?”, clama Óscar, apretando las riendas de sus finos modales para no estallar... “Ah, pues yo tengo un hermanito que es como medio avisado”, dice mi hermano Alberto. “Pues llámelo, llámelo y que se venga ya”. Era el 83, yo recién cumplía los 17 y esa noche estaba viendo *Pero sigo siendo el rey*, la telenovela que estaba en su furor. Mientras me curaba las adoloridas manos, porque trabajaba con retales de láminas y soldadura de punto, contesto la llamada de mi hermano que me dice: “Vea, vaya al chifonier mío, saque un pantalón negro, una camisa blanca y un corbatín, se los amarra como puede y se viene para acá ur-gen-te”. Obedecí como si fuera una orden. Entonces yo me eché eso en una bolsa y..., casi no llego al Poblado.

Vivíamos en San Javier y cogí el Circular Sur que se demoró una eternidad

dando tremenda vuelta, con paradas largas en la 80 para completar el cupo, hasta que me bajé en supermercados Éxito. ¡Y qué problema para llegar al parque de El Poblado!

Cuando llegué con mi bolsita de plástico, Julio, el administrador, me repara de pies a cabeza y como ve que soy rubio, blanco y zarco, me dice sin dilación: “¡Venga mijo! Dieciséis, diecisiete, dieciocho, diecinueve y veinte. Esas son las mesas suyas”. Me cambio a la carrera con esa ropa prestada que me queda grande y me hace ver como Charles Chaplin y le digo a mi hermano: “¡Ay, Alberto! Ese señor me dijo que atendera esas mesas”. “¡Mejor! Agradecé que no te puso a lavar vasos y te tocó de mesero. ¡Ahí está la plata!”. “Pero ¿y quién me ayuda?”. “Yo le ayudo”. Entonces los meseros viejos ya habían cogido los charoles buenos y solo quedaban unos charoles enormes y pesadísimos, que en los hoteles de Estados Unidos llaman los *bad boys*, que solo sirven para recoger los platos y vasos sucios de las mesas.

*Para tu sorpresa en la primera mesa que te toca atender están unas luminarias bogotanas, famosas estrellas de la farándula criolla. Nada más ni menos que a la presentadora Gloria Valencia de Castaño, llamada la gran señora de la televisión colombiana, a su hija Pilar Castaño y a los consagrados actores Carlos Muñoz y Raúl Izaguirre. Con asombro identificás alrededor otros actores del elenco de Pero sigo siendo el rey. No lo podés creer. Como tampoco creés lo pesado que está ese enorme charol que llevás como santo de procesión, lleno vasos de cerveza y botellas tambaleantes. Y cuando por fin estás por descargarlo en la mesa se te riega la coca-cola encima de doña Gloria Valencia de Castaño. Ese fue tu primer servicio. Y te dieron ganas de llorar, conteniendo la vergüenza y sin saber qué hacer, hasta que las bondadosas palabras de la encopetada señora te sacan, se apiadan un poco: “¡Ay, mijo, no se preocupe... ¡Si así fueran todos los problemas en la vida!” y te pide que le vuelvas a traer su pedido esta vez en un charol decente.*

“¿Quién es el administrador de este negocio?”. Exigió la hija, Pilar, enérgica, desencajada de la ira, mientras yo pensaba: hasta aquí llegó mi carrera, tocó seguir en la soldadura. Y cuando ya pensaba en quitarme el corbatín, se me ocurrió, porque yo ya tenía

un poquito de malicia, decirle que ya le llamaba al administrador. Y le conté todo a mi hermano con lágrimas en los ojos. Él, solidario, me dijo: “Vamos para allá y usted aguántese todo lo que yo le diga”. Así, mi hermano hizo toda una actuación magistral entre insultos y reproches. Mientras yo solo asentía con cabeza gacha y actitud compungida le contestaba: “Sí, señor, sí, señor, cómo no...”. Ya después, solos, me recomendó que no los atendiera más.

*Luego de aquel incidente, regresás a la mesa para llevarles la cuenta de un servicio que tu hermano hizo para cubrirte la espalda. Al pagar, Gloria Valencia te da un billete de diez dólares. Y en un estado de shock, sin poderlo creer, te metés al baño, arrugás ese billete y le pasás la uña para comprobar que no sea falso. Es la primera vez que tenés dólares en tus manos.*

Y yo miraba mis manos rajadas, quemadas por la soldadura y pensaba que, en ese tiempo, que el dólar estaba a cuatrocientos pesos, debía pelarme mucho para ganarme esa plata. Al final de la jornada, cuando conté que había ganado casi cuarenta dólares, me miré al espejo y me dije: ¡esto hay que aprenderlo!

*En adelante, en el Zaguán descubriste una fauna hasta entonces desconocida y exótica. Llegaba la crema y nata de esta ciudad que solo habías visto pasar a mil en sus carros por la 80, porque ni a San Javier iban. Pero sí llegaban a este café-concert a degustar la atracción principal que era un grupo de jazz de planta llamado CAP: un trío excepcional para los entendidos, conformado por intérpretes de Colombia, Argentina y Brasil. Y así vas aprendiendo a cultivar tus gustos, a saborear bebidas de alta alcurnia y a probar bocados de la carta internacional. Disfrutas en vivo de artistas de renombre como Alci Acosta, Olimpo Cárdenas, Carlos Arturo, y otros boleristas que eran la sensación del momento. Allí Julio Arango, el administrador, al ver tu malicia para sortear a los perecosos clientes, te invita a hacer a unos reemplazos en Anclar.*

Sumerjámonos entonces en Anclar, que curiosamente empieza con una historia acuática. Como todos sabemos, Michael Phelps es el nadador de la USA más ganador de todos los tiempos, con un total de veintiocho medallas olímpicas. Pero antes de él, entre los años sesenta y setenta, Mark Spitz

era quien batía todos los récords. Rompió marca mundial en cada uno de sus triunfos y fue el primer atleta en la historia de los Juegos Olímpicos en conseguir esta hazaña en una sola edición. Te cuento esto porque Mark Spitz estuvo en Anclar, donde terminé trabajando, y me dijo con la sinceridad que afloja el licor, en un maltrecho español: “El único que me pudo haber ganado a mí fue Julio Arango”.

*Julio Arango era un nadador de locura, bugueño, estuvo en los Juegos Olímpicos de Tokio de 1964, donde fue el primer nadador sudamericano en romper la barrera de los dieciocho minutos en los 1500 metros libres. Luego estuvo en los Olímpicos de México del 68 donde compitió con Mark Spitz. Pero a Julio se le recuerda por haber creado a mediados de los años setenta el popular Julio's, uno de los primeros bares fundados en Medellín bajo el concepto de taberna. Ubicado en La Frontera, en los límites entre Envigado y Medellín. Un lugar que ganó fama por atraer a jóvenes con música americana, como se les decía a las canciones anglosajonas que estaban de moda. Otro de sus atractivos fueron los juegos electrónicos de mesa como pinball y maquinitas con Marcianitos y Pac-Man, recién traídos de la USA.*

Por aquel tiempo no había tantas discotecas. Lo que si existían eran las tabernas, con estilo rústico y decoración artesanal, muchas de ellas bohémios socavones alumbrados con los pabilos de velas de parafina regada, ideales para escuchar la nueva trova cubana y baladas románticas. En El Poblado podían contarse con los dedos de las manos. Estaba La Barra de la 10, abajo del parque de El Poblado; Piano Bar, entre la avenida El Poblado y San Diego; El Cocodrilo, en la transversal intermedia con la loma del Escobero; Casa Verde, en la loma del Chocho; Obélix, en el Tesoro; además de la conocida Calle del Vicio, donde quedaban seis tabernas legendarias cerca de lo que hoy es el *mall* La Frontera, donde se destacaban Julio's, La Bávara —único en vender cerveza alemana—, La Tertulia y al fondo estaba La 21. Eran los sitios de rumba donde los jóvenes llevaban a sus novias, se escondían con sus tinieblos o departían con su barra. Lugares donde se tenían que correr mesas y sillas para abrir un campito cuando los tragos aflojaban esos

tiosos cuerpos y daban ganas de bailar; se pedía al administrador que cambiara el casete y pusiera una tandita de merengues de Wilfrido Vargas para animar la cosa, unas bachatas de Juan Luis Guerra para bailar pegadito y lanzarse a dar un piquito cuando suene “De tu boca dame más que se me antoja...”, dar vueltas con “Nuestro amor será como un manantial de luz...” y terminar bien apretaditos con “Una aventura es más bonita..., reventamos, estamos que reventamos, cada vez que de frente nos miramos y los pies bajo la mesa nos tocamos”, y ya deje que suene el disco entero del Grupo Niche y de ñapa acabemos con toda la salsa de cama de Edy Santiago. Algo bien íntimo, bien FM.

Y así Julio Arango se convierte entonces en el Rey Midas del momento, en el flautista de Hamelín de las tabernas. Y como el Medellín de esa época es un pañuelo donde todo el mundo se termina por “relacionar”, es Óscar, el arquitecto dueño de Zaguán de la Plaza, quien le presenta a Julio la que será su novia: Clara Arango. Esta señora distribuía botes y artículos de pesca, anzuelos, atarrayas, botes fuera de borda... En un almacén que llamó Anclar, en la avenida El Poblado, a una cuadra del parque y al lado de la quebrada La Presidenta. Pero Anclar pronto entra en desgracia y a Julio, para salvar a su novia de la debacle económica, se le ocurre la gran idea de montar un bar.

“¿Y un bar aquí..., adónde?”. Le pregunta Clara atónita. Julio le dice que confíe en él y deje todo en sus manos. De la noche a la mañana le instala una larga barra de punta a punta, la más larga de Medellín; una vitrina con un colorido surtido de licores importados, un televisor donde rotan videoclips de MTV grabados en tacos de Betamax, recicla los artículos de la tienda como decoración, redes con coloridos peces y langostas de plástico, pone mesas y sillas en el local e invade la acera. Así reinaugura el almacén convertido en el flamante bar/taberna. La idea que al comienzo parece un disparate termina siendo otro éxito rotundo. Este hombre parece tener el triunfo adherido como una sombra. Un lugar que pronto ganó mucha popularidad de los curiosos y esnobistas habitantes de la Bella Villa.

Anclar fue una barra atendida por Emilio, que había sido barman de Julio's. Ese fue el otro ingrediente del éxito, porque Emilio había trabajado antes en Manhattan, el bar más peregrino de Medellín, ya que nació en el barrio Boston, se fue a la 70, luego a la calle 8 de El Poblado y le perdí el rastro porque se multiplicaron los bares llamados Manhattan. Pero hubo un tiempo en que cada que se abría un bar, usted sabía dónde se ubicaba, de qué estilo era, quién era el dueño y quiénes lo iban a manejar.

Desde entonces, Rafa, vestido de traje blanco con un gorrito de marinero, empezás a navegar en los azares de Anclar. Un lunes lo primero que te piden es un Grand Marnier. No sabés qué es eso. Vas a la barra y le preguntas a Emilio, a quien le parece todo un acontecimiento porque es la única vez que alguien ha pedido ese exótico licor, base de famosos cocteles, mezcla de coñac y esencia destilada de naranja amarga. Y por mucho que tratás de recordar la receta solo aparece la leyenda que corre entre los barman y meseros de El Poblado: cada tanto un personaje misterioso que nadie logra recordar llega a un bar y pide aquel raro y escaso licor... Dicen que es el diablo que tiene un gusto muy refinado.

Anclar en la avenida El Poblado, como La Baviera en Las Palmas, como

Los Saldarriaga en el parque de El Poblado, como Niágara 5 Puertas en el Lleras, como El Social en Provenza, como Trilogía en Barrio Colombia, fue uno de esos vórtices de energía que supo atraer comensales con ideas sencillas pero muy atractivas, como por ejemplo sacar al bar a dar una vuelta. Porque la primera chiva que hizo paaseos por Medellín salía de Anclar, con un antojador nombre: “Qué rico Medellín de noche”. Doña Clara era una sagaz negociante, no daba puntada sin dedal, nosotros citábamos a la gente a las cuatro de la tarde, pero salían a las ocho de la noche cuando ya habían tomado cantidades navegables de licor. Y acaso si le daban una vuelta al parque para terminar de emborracharlos.

En una resaca luego de esas fiestas, doña Clara nos pide un cóctel que no teníamos, para servirlo en una copa que le pareció bonita. Nosotros hacíamos los cocteles de rigor, piña colada, margarita, tom collins, mojitos, gin fizz, y un sunrise con vino blanco. Pero ese día, para despacharla, con Emilio le hicimos un cóctel colectivo para saciar su capricho. Yo le eché vermut. César, un mesero, echó una bebida amarilla muy sofisticada llamada Galliano L'Autentico, licor de hierbas italiano, es dulce y tiene un complejo sabor a vainilla y anís con sutiles notas cítricas y hierbas leñosas. El administrador echó brandi del más fino. Y quedó hecha una bomba. Revolvimos todo eso con la sabiduría de Emilio, que le dio su toque secreto. Por casualidad hicimos un cóctel muy apetitoso. Al saborear esa afortunada pócima, la patrona, que no se perdió movimiento, pontificó: “Pues con toda esa mezcolanza que le echaron, a este trago lo vamos a llamar Orgía”.

Y así nació, en el año 85, uno de los primeros cocteles de autor; moda que se popularizó en los diferentes bares; como pasó en el 89 en el bar La Jarana, que quedaba en el Centro Comercial Aliadas, con un coctel que bautizaron “En el suelo nos vemos”. En el noventa creamos México Loco en el bar Tabasco del Lleras, que eran los primeros cocteles exorbitantes de veintidós onzas. Y el nunca bien ponderado Perro Loco del Barnaby Jones en el 94, que mezclaba cinco licores, te lo tomabas en una silla giratoria de barbería y te daban un par de vueltas para despacharte. A partir de allí se creó un efecto dominó de otros negocios que tuvieron que ingeniárselas para hacer su coctel de la casa, su escudo de armas para distinguirse de la aguerrida competencia.

Y me confiesas, Rafa, que has estudiado el tema y les has seguido el rastro a las bebidas espirituosas de esta ciudad. Y ya entonado me juras que a comienzos de los ochenta en Medellín había cantineros, pero no barman. Porque solo en algunos selectos y exclusivos lugares ofrecían tragos preparados. Los mejores dry martinis y cosmopolitan de la ciudad eran preparados en el bar Manhattan. Había una barra catalana con oferta de licores españoles en el restaurante Las Cuatro Estaciones, en la entrada del Poblado por Manila. Si querías amargos italianos debías ir al Cerro Nutibara a Salvattore para probar un buen fernet, cinzanos y vermuts. Y te atreves a declarar que en suerte te tocó presenciar los dotes de quien fuera tu maestro Emilio, a quien sus patronos llevaron de viaje a Nueva York para que aprendiera de la fuente misma de los alquimistas de la coctelería internacional.

Otra leyenda fue la de don José Miguel Velásquez, el propietario de la Vinería de Manila que dio origen a un

famoso licor llamado: Vino Tres Pata-das o Tres Pachangas, que se hizo muy popular sobre todo en los jóvenes de los años ochenta y noventa. Hecho en una vieja casona en la entrada del barrio Manila, en la vía conocida como El Carretero, ya que por allí pasaban las carretas que venían de Centro hacia los poblados del sur. Su hijo, José Juliá, conocido como el Chivo, campeón y entrenador olímpico de Colombia en ciclismo de pista, me reveló una noche los secretos de la bebida.

En realidad, la marca comercial era Vinos Sáenz, en honor al apellido de la familia cubana que fundó la fábrica, tal como se leía en la etiqueta. Pero los cubanos quebraron porque los viñedos cultivados en el municipio de Olaya, vecino de Santa Fe de Antioquia, se echaban a perder por las volubles condiciones del cañón de río Cauca. Entonces don José Miguel, que por aquel entonces era algo así como el administrador, adquirió la fallida vinería. Con su malicia paisa pensó que la uva podría dañarse, pero lo que había de sobra en el occidente era tamarindo. Y fue así como creó esta bebida de elaboración artesanal, hecha con la pulpa de tamarindo, una adición de doce grados de alcohol, agua y azúcar en caramelo, y conservada en barriles de roble. Venía en dos presentaciones, rojo y blanco sin el caramelo. Gracias a un enguayabado que luego de tomarse una garrafa dijo que sentía como si le hubieran dado tres patadas, se regó ese nuevo apelativo. El resto es historia patria. Paradójicamente, así como el licor aporta su impuesto para la salud, en 1997 la vieja casa donde funcionó la vinería fue demolida para la construcción de la sede de Metrosalud de El Poblado.

La clientela es la que acredita los negocios, define su carisma y revela su personalidad y por ese entonces los mafiosos no olían maluco. Además, venían cargados con fajos de “dolorosos” que compraban un silencio cómplice sobre su procedencia y propinaban una alegría alcahueta.

Eso era muy bueno, es que yo me ganaba en el año 83 lo que no me gano hoy un viernes, pero sin la menor duda. Podré morir y no me lo gano. Pero como en los buenos cocteles, su éxito depende de la mezcla precisa de distintos sabores. Y en Anclar había de todo como en botica. Llegaron las señoras de la high, amigas de doña Clara, esposas de empresarios que se iban a endulzar sus tardes con unos traguitos. Los estudiantes del CES y de Eafit que ya Julio había tentado desde su taberna. Y caían los ejecutivos del naciente centro de los nuevos negocios que bautizan como la Milla de Oro. Abren el círculo un grupo de creativos reconocidos, Mauricio Chica, Michel Arnau, Jaime Uribe, dueños de agencias de publicidad que van cogiendo renombre. Y empieza el boom, a la creatividad hay que sacarla de la oficina. Todos se iban a encontrar en el bar, a invocar lluvias de ideas para sus memorables campañas, a hacer jingles que todo el mundo tarareaba.

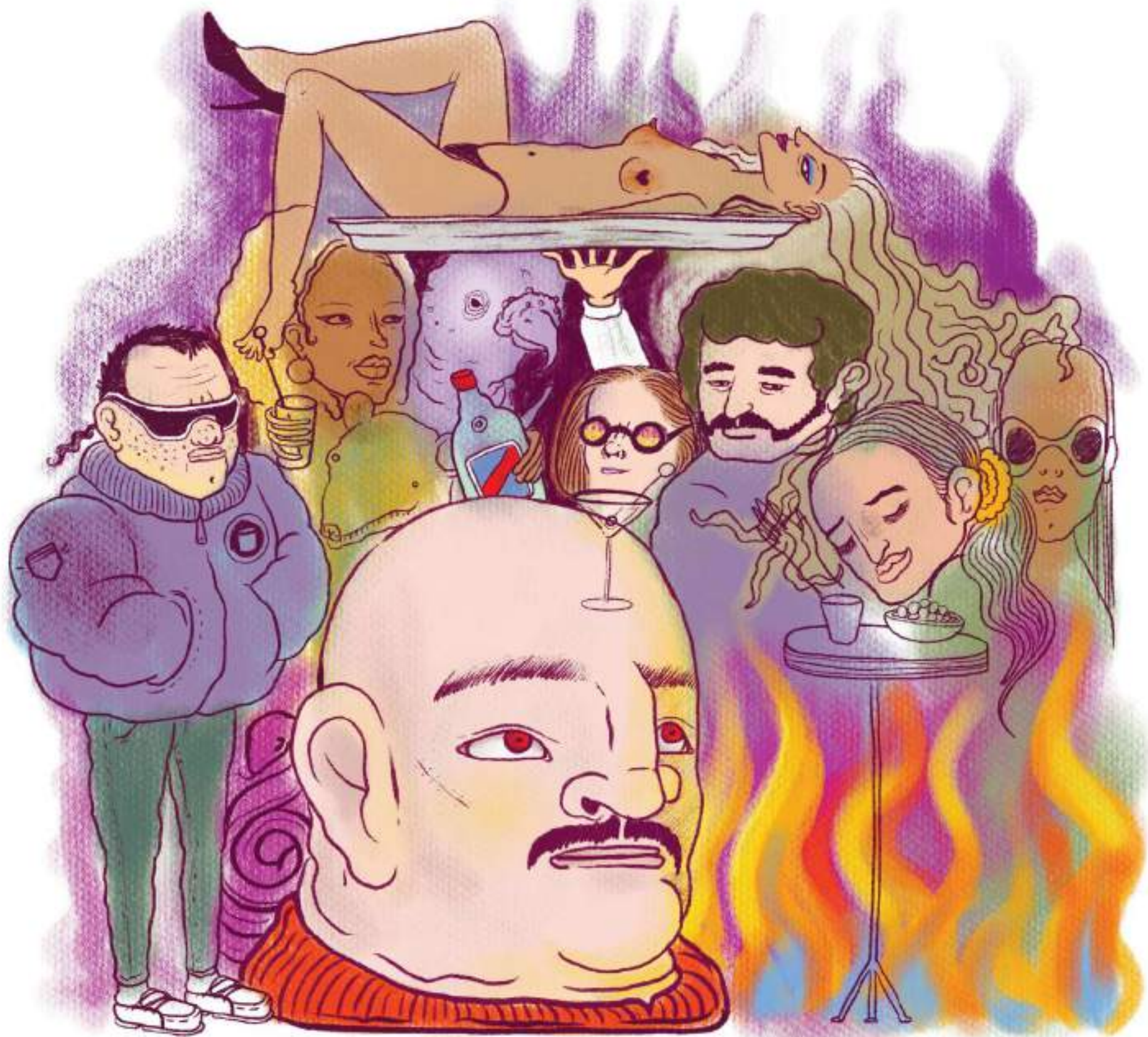
Son los ochenta en su esplendor y han dado en el blanco con mensajes estimulantes, hablando el lenguaje de una nueva generación de consumidores de los productos y servicios de sus amigos los nuevos empresarios; esos otros jóvenes herederos de padres industriales, recién llegados del otro lado del charco traían las ideas avanguard del viejo continente, dan un giro a sus tradicionales negocios de familia y comienzan a generar marcas de ropa, calzados y accesorios que imponen la moda local, al mejor estilo de las últimas tendencias en la USA, que es donde ahora se centra la atención de

esta ambiciosa ciudad en ebullición. Es la nueva mentalidad emprendedora, hija ejemplar de la antigua pujanza antioqueña de sus ancestros. Esa era la nueva generación que confluía en aquellos bares y se encontraban en la vida nocturna de esa época. Esa era la gente que atendías, Rafa.

Pero también vi a muchos de esos hijos de papi, con plata y tedio de sobra, que se metieron sin necesidad a estregar dólares; a tentar la suerte con narcoaventuras en busca de disparar capitales y emociones. Y ahí sí, cuando ya se vieron empantanados hasta la coronilla, se los veía llegar al bar con caras de tragedia, temblando por negocios caídos, por vueltas que no lograron coronar. Pálidos por turbios tratos. Colapsados por estrepitosos derrumbes que se tragarón herencias. Sicosiados, amenazados, perseguidos por delincuentes de todas las calañas. Solos y embalados, sin un trago redentor que pudiera calmarles sus tembleques nerviosos. La vieron grave y se quejaban con tardíos arrepentimientos, rasgadas de vestiduras y búsquedas de culpables. Solo entonces esos simpáticos “mágicos”, capaces de multiplicar fortunas, se convirtieron en mafiosos deleznable.

Así es que explosiona esa vaina y son señalados como narcos, portadores de la nueva lepra; repelidos y excluidos de la sociedad. Condenados a esconderse a plena luz del día y arrinconarse en las noches en los antros más oscuros, mientras los sindicatos apenas miran a los de la mesa del frente, con quienes ayer bebían y brindaban. Ven cómo les niegan el saludo, les dan la espalda y desocupan el bar a toda prisa. Y ahora se preguntan: ¿y desde cuándo se reservan el derecho de admisión, de cuando acá solo yo soy la manzana podrida cuando todos estamos carcomidos por el mismo gusanillo de la ambición? ¿A quién se le pide permiso para merecer estar en estos lugares? ¿Y es que mi plata ya no vale?

Creo que ese quiebre fue en el 86. Yo venía atendiendo a Pablo Escobar desde el 83, como si nada, un señor igual a otras personas adineradas que caían allí, tan prestante que se reunía con militares, curas, políticos, alcaldes, concejales y diputados y otros aparentes comerciantes. Recuerdo que me preguntaba con voz pausada y acento marcado: mijito, ¿cuántos son aquí? Y yo le respondía que los dos turnos sumábamos catorce personas. Y él me daba de propina doscientos mil, que era mucha plata. Y a repartir diez mil para los cinco meseros que éramos realmente y el resto para mi bolsillo. Ahora es que uno piensa, qué tamaña osadía, dizque tumbando a Pablo Escobar. Pero es que cuando uno no sabe quién es quién es muy lanzado. Creo que atendí a Pablo más de treinta o cuarenta veces. Primero en Anclar y luego en Arrecife, que se ubicó unos metros después y se llevó los restos del naufragio de Anclar. Pero te confieso que es de las pocas personas en la vida a la que no le he podido sostener la mirada. Había algo muy hondo y fuerte que me daba miedo, me hacía esquivarle la vista y agachar la cabeza. Incumpliendo así el primer mandamiento del mesero que dice: “Mirarás a tu cliente a los ojos para ganar su confianza”. Y eso que yo a Escobar nunca lo vi borracho ni salido de casillas. Solo tomaba cerveza o vodka, mientras que a los demás, aquellos a quienes llamaban sus lugartenientes, a esos sí había que tratarlos cada cual a su modo, unos con pinza y otros, aunque usted no lo crea, con braveos. Eran sicarios, gente de barrio, muchos sin modales, de pintas extravagantes y modos visajosos.



Entonces los recuerdos te inundan el alma, Rafa. Y ya traguiadito te echás a perder en la evocación. Y ves a la glamurosa Macuá, prominente homosexual de los ochenta, con su vestido de odalisca árabe, sobre aquel elefante decorado de hindú, con el que marchó en la carrera 70 patrocinada por delirantes narcos. Desfilando sobre esa larga barra de Anclar, lanzada flores de croché que ella misma bordaba, seguida por una corte de Quicas, Popeyes, Mugres, Pininas, Chopos y otro sicarios que dan tiros al aire, desde aquel Renault 4 sin puertas de esta reina de la extravagancia; la única que le hace aflorar una risa a Pablo Escobar y le consigue muchachas, carne de cañón joven para el matadero... Y como si fuera un coctel, esta comparsa te revuelve el pasado. Se parece a la película Roma de Fellini, que viste una tarde picado por curiosidad en el Cineclub El subterráneo, que quedaba ahí en la calle 9, donde después sería Teleantioquia... Aquella película que te hace acordar a Duni, tu maestro del cine y de la vida.

Al igual que el desfile de modas que Fellini hizo con toda la corte del Vaticano, así se arma en tu alucinada ebriedad

otro carnaval descomunal. En ese destartado bus del viejo Armando, del 20 de Julio-San Javier. El último Circular Sur que te recogía a las diez de la noche cuando salías de El Tufo. Aquel bar de la 70, propiedad de un tío tuyo. Allí donde debutaste como mesero, siguiendo los pasos de tu hermano Alberto que trabajaba en el legendario Perro Negro, en el Pedrero, sitio bravo de malandros. Un bus que es como tu vida, cargado con personajes estrambóticos como los dos enanos disfrazados de charros mexicanos, terciados con tiras de cananas de plástico y pistolas de juguete que trabajaban en una cantina de Belén llamada La Ponderosa. A su lado, como almas en pena una tropilla de meseros de Las Margaritas, Los Dinos, Las Terrazas de la 70, con deslustrados smokings, en una parada se suben los cuestionables clientes de El Molino, que quedaba sobre el sótano salsero del Tibiri Tábara. Un grupo de personajillos de agrietadas carteras “mariqueras” a quienes llamaban Aso-trapo, Asociación de Traquetos Pobres; dedicadas a un mediano tráfico, porque no era ni micro ni macro. Se unen a esta caravana, adormilados espectadores que

salen de la última función de los cines junto a los proyeccionistas de los teatros Granada y Odeón 80. Los lustrabotas sucios de esmog con sus cajoncitos de betún bajo la axila. Las prostitutas de maquillaje corrido oliendo a sudor de muchos hombres, y vendedores ambulantes con sus cajoncitos de dulces y cigarrillos que agobiados regresan a casa. Por la de atrás se montan los ladrones cosquille-ros que a esa hora ya no ejercen y se sientan al lado de unos cuantos borrachos que salen de la discoteca Tropicana de la 70 con San Juan..., y con cupo lleno, aparece ese ventero de chaza de la parada de Bolívar; el bartender de aquel bus, que sigue despachando guaros menudidos a los pasajeros que, como tú, se toman su copiaditos, tratando de alargar la fiesta...

Pero en el 89 se apaga la fiesta. Ese Pablo señalado, perseguido, ofuscado y rencoroso, impuso un toque de queda después de las diez de la noche. Y mandó a sus sicarios motorizados a dar vueltas por los barrios para intimidar con el ronroneo de sus motores, a pasar ráfagas de metrallas a negocios abiertos con o sin gente, a poner bombas en

esos lugares que a escondidas osaron desafiar su mandato. Y así, la rumba de Medellín quedó en estado de coma durante un año.

Ese fue nuestro encierro impuesto; una pandemia previa de intimidación y terror, un confinamiento de violencia que nos enclaustró por miedo a una retaliación sicarial, a caer en un atentado resentido y vil. Clausuró la noche y sus negocios, y nos condenó a no poder bailar en una discoteca, ni a encontrarnos con amigos a tomarnos unos tragos en un bar, ni a divertirnos en la mansa y juguetona oscuridad de las tabernas con parejas y amistades. Ni siquiera a sentarnos en un parque y hasta nos privó de la más básica libertad de errar por las calles sin destino. Nos silenció la noche y la zozobra nos entristeció el alma. ©

\* Este texto hace parte de *El Poblado secreto y otras leyendas*, libro de cuentos y mapa oculto de la Comuna 14. Proyecto ganador del programa de Planeación del Desarrollo Local y Presupuesto Participativo de Medellín.

# Vitrina en navidad

por MARÍA ALEJANDRA BUILES • Archivo Fotográfico BPP

**La** Nochebuena todavía no llega. Los niños guardan la ilusión del aguinaldo, un carrito nuevo, una muñeca de moda y un par de zapatos que cubran sus pies descalzos. Todo el día sortearon la vida de acera en acera, a punto de perder el espíritu, en pleno jolgorio navideño. Ahí están, abstraídos en sus deseos, dándole la espalda al lente que, en una fracción de segundo, sin avisar, eterniza el momento en una calle del Centro de Medellín. El artífice de la captura fue Horacio Gil Ochoa, una leyenda del fotoperiodismo en Colombia. Aunque el ciclismo fue el oficio que catapultó y visibilizó las imágenes de Horacio

en el mundo, su faceta social y antropológica ha pasado injustamente inadvertida. Ese aspecto de su obra le permitió mostrar —con gran sutileza y astucia— la ciudad desde su entramado arquitectónico, festivo y cultural, pero, sobre todo, desde una óptica sensible que se aleja del lugar común y atiende, a través de la imagen, a sus realidades. El gesto de los retratados queda al otro lado de una ostentosa vitrina —a la imaginación de quien mira la foto—. ¿Qué develan sus gestos? ¿Cómo son sus rostros? ¿Una madre sola? ¿Una hermana mayor? Saltan las preguntas y las hipótesis ante lo que oculta

la imagen. La mujer aparece en el centro de la composición, con el pelo a medio recoger, ataviada de harapos, sosteniendo un par de talegos. A su lado, tres niños, de edades similares, la rodean; uno de ellos, el más pequeño, lleva un tarro grande en la mano. ¿Espera que alguien deposite un regalo? Frente a los cuatro se impone una lámpara suntuosa que alumbra con incandescencia los objetos exhibidos, dispuestos en entrepaños. Ellos esperan, posan, guardan distancia ante lo inaccesible, como quien busca con los ojos lo que no puede alcanzar. El título es simple, pero contundente: “Familia humilde mirando una vitrina en Navidad”. El fotógrafo, desprovisto de cualquier vanidad narrativa o poética, expresa la intención del motivo fotográfico: revelar las desigualdades sociales que entraña la ciudad. La vitrina, como objeto de consumo navideño, choca con una familia que atraviesa sin rumbo las calles. Esta captura manifiesta, además, el deseo de exaltar y resaltar lo que pasa desapercibido ante cualquier ojo. Como dice Sontag: “Fotografiar es conferir importancia”. Con la pasión de un poeta y la técnica de un fotógrafo avezado, el autor le otorga relevancia a lo que nadie más ve. No es casual, entonces, que los títulos de sus fotografías contengan, casi siempre, un fragmento de lo que quiere reafirmar, frases cortas y decisivas que entran en un juego conceptual con lo que muestra la imagen. Gran parte del *corpus* fotográfico de Horacio Gil, que explora situaciones del proscenio urbano, fue registrado en las décadas de los ochenta y noventa. El fotógrafo no fue ajeno a su entorno ni a la situación social que vivía Medellín en ese entonces. Todo lo contrario, encontró en sus bordes la posibilidad de ser un fiel observador de la desdicha social. Hay quienes dicen que los fotógrafos persiguen lo bello; Horacio, además, iba detrás de lo conmovedor. ¿A quién no le mueve las fibras una mujer desprotegida con sus hijos mirando lo que no pueden tener en Navidad? La escena, de golpe, sacude. Y como dijo alguna vez el mismo fotógrafo: “No hay necesidad de decir nada, porque nuestros ojos lo dicen todo”. ©



Familia humilde mirando una vitrina en Navidad. Horacio Gil Ochoa (1987).



confiar<sup>®</sup>  
coop

# Feliz Tranqui**vidad**

Recuerda siempre:  
Ahorrar con paciencia  
y gastar con parsimonia



Escanea el código  
y conoce más

# DE AMOR Y DE GUERRA

por PAULA ANDREA MARÍN COLORADO • Ilustración de Emmanuel Villa



Imaginen esta escena: viven en el centro de la ciudad, cerca de la casa de gobierno; empiezan a escuchar disparos y gritos, arengas, gente que corre, que huye. Cuando se asoman por los balcones y ventanas, ven humaredas a lo lejos, hombres a caballo que cabalgan por las calles estrechas que rodean su casa. Es julio de 1861, en Bogotá. Margarita, una niña de trece años, empieza a tomar nota de todo lo que ve y, sobre todo, de lo que dicen las personas con quienes vive y las que visitan la casa. Durante esos abrumadores meses, Tomás Cipriano de Mosquera (entonces gobernador del estado del Cauca) decidió tomarse Bogotá para derrocar al gobierno conservador (centralista), bajo la presidencia de Mariano Ospina Rodríguez, y reclamar el poder para los liberales (federalistas). Fue el episodio central de lo que se conoció como la Guerra de las Soberanías (1860-1862), una de las tantas guerras civiles que vivió el país en el siglo XIX—la única que ganaron los rebeldes— y tras la cual se daría comienzo al período del Olimpo Radical, con la Constitución de Rionegro (1863) y el establecimiento de los Estados Unidos de Colombia.

El testimonio que dejó Margarita sobre este episodio es un documento único, una excepción dentro de la tradición autobiográfica colombiana (mayoritariamente masculina) y, en este caso, de las historias de guerra, escritas, sobre todo, por militares, políticos, comerciantes y misioneros:

“El Jueves diez i ocho de Julio de 1861 a las 7 i media de la mañana, entró mi mamá Pacha a nuestra alcova i nos dijo. ‘Hijos levántense que están peleando’. Mamá nos dijo que ella no había dormido en toda la

noche oyendo tiros. En fin nos levantamos i comenzamos tristes a andar por los corredores” [sic].

En su relato, Margarita expresa rabia e indignación constante por la crueldad de los liberales contra los conservadores, que fusilan sin un juicio previo y asesinan porque alguien se negó a gritar “¡que viva Mosquera!”; le pide a Dios su intersección para que ocurra un milagro y la “santa causa” (conservadora) gane; hace novenas para ayudar a que triunfe el partido conservador (y cambia de santo cuando

ve que uno no le está funcionando para cumplir su objetivo); sale a comprar algo de comer para ofrecerles a quienes se encuentran en la casa; dispone sus muñecas en posiciones divertidas para entretener un poco a las personas en medio de la situación; escribe una carta al reverendo padre José Joaquín Cotanilla de la Compañía de Jesús para expresar su tristeza por la expulsión—otra más— de los jesuitas por orden de Mosquera; escucha atentamente y se impone a sí misma la tarea de escribir, de dejar un testimonio de lo sucedido para la historia de la patria (y de la familia); sufre porque su hermano mayor y su tío han salido de la casa y pueden haber sido apresados en la calle o asesinados. Margarita y su madre no lo soportarían; ya perdieron a un padre y a un esposo por la misma causa: la persecución por ser conservador.

“Habíamos visto que ya la gente de Mosquera había entrado por nuestra calle. A cada grito de Viva Mosquera soltaba yo el chillido. Mamá decía que después del día en que había muerto mi papá este día era el que había pasado mas horroroso en su vida. Pero lo peor de todo era no saber si mi tío Venancio i Miguel A. eran de la rejión de este mundo o del otro” [sic].

Seis años después, en enero de 1867, Mosquera sigue siendo protagonista de los sucesos políticos del país, ahora en su cuarto período presidencial. Margarita se encuentra con un hombre en un baile, Carlos, quien le promete que irá a visitarla en algunos días. Las ilusiones de Margarita comienzan y empieza a llevar un diario para consignarlas, pero también la asaltan las angustias del corazón. En el siglo XIX no le estaba permitido a una mujer declarar su amor por un hombre antes de que este hubiera declarado el suyo:

“Son las ocho y media de la noche y me he venido aquí por librarme de la inquietud que siento cada vez que golpean en la puerta. Cuánto sufro hasta por lo que no debiera sufrir [...] Vienen a llamarme porque ahí está Carlos”.

Las visitas de Carlos comienzan y seis meses después declara su amor a Margarita y expresa a la familia sus intenciones de casarse con ella. Margarita, por fin, puede hablar un poco más de lo que siente por Carlos, pero viene una segunda fase de angustias: la familia se opone al matrimonio porque a Carlos le gusta jugar a las cartas, una afición muy extendida en la Bogotá decimonónica, y eso puede poner en peligro el buen nombre de la familia y el porvenir de Margarita. Ella le pide a Carlos que espere su respuesta por seis meses y algo más, una prueba de amor: no jugar a las cartas por tres meses. Carlos acepta y las visitas continúan, mientras la familia se muestra cada vez más displicente con Carlos y este se muestra frío durante las visitas, pero apasionado en sus cartas. Ella no sabe qué hacer; desea morir o irse a un convento, pero ninguna de estas opciones está realmente disponible, es la única hija mujer de una familia que, aunque de buen nombre dentro de la sociedad, no cuenta con demasiados recursos económicos:

“Hace días que no escribo pero no ha sido por falta de tiempo ni de materia sino porque apenas he podido hacer otra cosa que sufrir. ¡Sí! He sufrido mucho porque de las situaciones angustiosas de la vida, la de no saber qué hacer, qué partido tomar en un asunto que decide la felicidad o desgracia de la vida es la más terrible. Dios a quien he invocado tanto espero que me inspirará lo mejor, y sino que se haga su santa voluntad”.

El matrimonio define la vida de una mujer de la edad y posición social de Margarita; en su caso, también contribuye al porvenir de su familia: la madre viuda con tres hijos solteros, que vive en casa de sus padres y que depende para su sostenimiento del patrimonio económico (una panadería y otras propiedades) administrado por su hermana.

De la Margarita de trece años, de su indignación y su rabia, y de su obsesiva necesidad de escribirlo todo no queda mucho en el relato de 1867. Entre los trece y los diecinueve años, Margarita debe salir de la niñez, ingresar en el mercado matrimonial y adaptarse al modelo de mujer de la época para la élite; eso la obligó a hacer transformaciones radicales en su gestión emocional, específicamente, erradicar las emociones asociadas a la indignación y la rabia, y concentrar la expresión de su emocionalidad en la culpa y la vergüenza, sentimientos que aún hoy siguen siendo predominantes en el “alma femenina” y encarnan la interiorización de la dominación de un género (el masculino) sobre otro (el femenino):

“Mamá me ha regañado hoy porque parece que me porté muy mal el martes. Yo no había caído en cuenta pero creo que será cierto, pues

confieso que me causó tanto placer la venida de Carlos que lo debí manifestar demasiado. Verdaderamente soy una loca: mis principios no tienen firmeza ni mi conducta es jamás estable. Jorge y todos los que me tratan qué dirán, sobre todo Carlos ¡cuánto me despreciará! Yo misma me desprecio, con mayor razón ellos que juzgan sino por el exterior. Lo único que tiene poder para poner freno a mis pasiones son los Sacramentos. No los frecuento hace días y necesariamente tengo que desquiciarme. Dios se apiade de mí”.

La escritura se ha convertido en un acto de desahogo y de examen de conciencia, y las pasiones han sido controladas; las únicas que puede expresar una mujer de su edad y clase social son las relacionadas con la devoción cristiana. Expresar “malas pasiones” asimilaría a Margarita —dentro del sistema de pensamiento de la época— con las clases sociales populares, a las cuales se relacionaba con lo “incivilizado”. El lenguaje religioso oculta la pasión amorosa; la piedad cristiana camufla el sufrimiento pasional. Solo usando este lenguaje puede descansar un poco su corazón, aunque sin dejar de sentirse sola y desesperada todo el tiempo, porque otra de sus obligaciones es la prudencia para evitar compartir con otras personas, así sean las más cercanas, las afugias del corazón:

“A veces me provoca tener un lugar secreto en donde llorar a gritos. Disimulo sin embargo porque haría muy mal en mostrar lo que siento; pero sentirlo no está en mi mano”.

El diario de Margarita es testigo del disimulo y de la vigilancia en los que debe vivir casi todo el tiempo, pero, en ciertos momentos, puede olvidarse del corsé mental y emocional para atreverse a enunciar pensamientos que nos dejan conocer algo de su verdadero carácter, como cuando se refiere a un par de visitas insufribles que debió atender por “horas eternas”.

La casa de Margarita era visitada por algunos de los intelectuales más prestigiosos de la época; entre ellos, Jorge Isaacs y José María Vergara y Vergara. De Isaacs (a quien le ayudó a corregir las pruebas de impresión de su novela *María*) se atreve a decir que escribió unos versos de un “romanticismo insulso” en su álbum y de Vergara y Vergara se burla un poco por su “bobería” al negarse a compartir la sala de su casa con Carlos, quien había publicado un artículo sobre él en uno de los varios periódicos que ya circulaban en ese momento. Las tertulias (que incluían recitación y lectura de poemas, lectura y comentarios sobre artículos del periódico, canto, música y baile) duraban hasta altas horas de la noche, varias veces a la semana, y las cenas y bailes hasta altas horas de la madrugada. Nuestra visión del siglo XIX es, en realidad, bastante limitada y el diario de Margarita es un documento valioso para empezar a cambiar esta mirada. La vida no terminaba a las seis de la tarde y, especialmente, para las mujeres, la jornada seguía en el interior de las casas, antes de que se extendiera la creación de cafés y restaurantes, hacia el final del siglo. Si bien muchas de las actividades dentro y fuera de la casa giraban en torno al culto católico (ir a misa, a comulgar, a confesarse, a ayudar a arreglar la iglesia, a retiros espirituales, a procesiones), muchas otras no y en el caso de Margarita, cuya casa contaba con personal del servicio para su mantenimiento, aparte de las actividades domésticas podía dedicarse a leer, escribir, bordar, tocar el piano, preparar y dar las lecciones a sus profesores

privados, atender las visitas, cuidar plantas y canarios, y participar en tertulias. Fuera de su casa estaban el teatro, la ópera, los caballitos (el carrusel), las caminatas a los Cerros Orientales y por las alamedas de la ciudad, montar a caballo (lo que más le gustaba hacer), las visitas, las cenas y los bailes.

Hacia el final del diario, Margarita consigna la noticia sobre la quiebra económica de la familia. A partir de ese momento, por orden de su mamá, Margarita deberá llevar el libro de cuentas familiar. Pocos meses después, Margarita consigna en su diario que su madre, por fin, ha aceptado la propuesta matrimonial de Carlos. Así, la historia tuvo un final feliz: Carlos demostró su amor sincero por Margarita y ella apaciguó sus angustias y también las de su familia, aunque —como la mayoría de las mujeres para esa época— ya sabía que el matrimonio no era garantía de una vida plena:

“Ayer tarde fuimos donde Paca [recién casada] y no puedo explicar la impresión que sentí al verla y reflexionar que ya está fijada su suerte, fijada irrevocablemente y que ya ni el arrepentimiento, ni la oración ni el dolor más profundo podrán hacer revocar el paso que dio y que la ata para siempre a otra existencia. Ella está muy contenta, se ve feliz, pero esa misma felicidad es la que me ha oprimido el corazón. Goza de aquello que yo he soñado que sería la felicidad pura, tranquila y sin remordimientos, pero al verla despierta y bien de cerca me he desengañado. Aunque teniendo todos los requisitos necesarios para ser completa, le falta el encanto con que yo la veía iluminada a través del vidrio de mis ilusiones. Y lo peor es que creo que a ella le ha pasado lo mismo que a mí, y que todo el amor que siente y que sienten por ella no basta a saciar su alma. ¡Dios mío qué triste cosa! Y si esta felicidad es fundada sobre todas las verdaderas bases, ¿qué será un matrimonio malo? Debe ser sin duda semejante al infierno”.

En 2021, Luz Clemencia Mejía, la entonces directora de la Biblioteca Rivas Sacconi, del Instituto Caro y Cuervo en Bogotá, nos invitó a Margarita Valencia y a mí (que en ese momento era investigadora y profesora del Instituto) a visitar las colecciones de archivos de la biblioteca de la sede Yerbabuena, ubicada en las cercanías de Chía (Cundinamarca). Descubrir el archivo de la familia Holguín y Caro me sacó de una depresión en la que estaba cayendo y me hizo interesar de nuevo por el siglo XIX colombiano y su cultura escrita. Desde entonces, Margarita Valencia y yo hemos venido trabajando en este impresionante acervo documental, conformado por 51 cajas y miles de hojas, aún sin foliar ni catalogar.

Tanto el documento de 1861 como el de 1867 a los que he hecho referencia fueron escritos por Margarita Caro y hacen parte del Fondo Holguín y Caro. Margarita Caro de Holguín (Bogotá, 1848-1925) perteneció a una de las familias más importantes de Colombia durante la segunda mitad del siglo XIX e inicios del XX, pues fue hija de uno de los fundadores del partido conservador colombiano (José Eusebio Caro), primera dama de la nación (esposa de Carlos Holguín, presidente del país entre 1888 y 1892), hermana de otro de los presidentes del país (Miguel Antonio Caro) y madre de políticos y diplomáticos (Hernando Holguín y Álvaro Holguín), de otra primera dama (Clemencia Holguín, casada con Roberto Urdaneta) y de la considerada como primera mujer

artista profesional del país: Margarita Holguín y Caro (1875-1959). Fue esta última, la encargada de editar el diario que su madre había llevado entre 1867 y 1869, y que se ha publicado en dos ocasiones: en 1942, por la editorial Antena, y en 1953, por el Instituto Caro y Cuervo.

La versión del diario que se encuentra en el archivo permite entender que en el diario editado se omitieron casi la mitad de las entradas, a través de las cuales se puede conocer más profundamente el carácter de Margarita Caro, la vida de una mujer de élite en el siglo XIX y algunos detalles de la vida de una familia que definió, en muchos sentidos, los destinos del país. De Miguel Antonio Caro, por ejemplo, llegamos a saber que estuvo muy enamorado de su prima Virginia y que pensaba casarse con ella pese a la oposición de su familia. Finalmente, se casaría con Ana Narváez. Miguel Antonio es quien le regala a Margarita el diario, quien le recomienda lecturas, quien le lee sus poemas y sus traducciones de Virgilio y con quien traduce unas cartas del padre Lacordaire que luego él publicará en uno de los periódicos que fundó en Bogotá.

La historia de la familia Caro sintetiza gran parte de la historia de Colombia, una historia de pasiones exaltadas tanto en el amor como en la política. Los Caro fueron protagonistas en el enfrentamiento entre realistas y patriotas, y luego entre liberales y conservadores. La familia Caro encarna “las emociones tristes” (las que apagan la vida) de las que habló Spinoza y que recoge Mauricio García en su libro *El país de las emociones tristes* (refiriéndose a Colombia): “La rabia, la envidia, la venganza, el miedo, la desesperanza, la indignación, la vergüenza, el remordimiento, la cólera”. García afirma que este conjunto de emociones ha signado trágicamente la historia del país y que han estado asociadas, por un lado, a la política —como resulta claro aquí— y, por otro, a la religión católica, tal como hemos visto en el diario de Margarita Caro.

Quizás uno de los logros más importantes de estar realizando esta investigación sea, como ha sido reiterativo en las conversaciones con Margarita Valencia, comprender al otro o, en este caso, a la otra. Varias veces me pregunté si realmente era importante visibilizar el testimonio de una mujer que perteneció a una de las familias de élite más conservadoras de Colombia y protagonista de un período político (la Regeneración) que dejó tantas heridas al pensamiento liberal (del que me considero cercana) y una impronta profunda en la vida del país, incluyendo la Constitución que nos rigió hasta 1991. La respuesta a mi pregunta siempre fue la misma: comprender al otro evita convertirlo en un enemigo, comprender al otro implica aceptar que sus razones no son muy diferentes de las propias.

Para un país como Colombia, con su historia de enfrentamientos, venganzas y odios actualizados, lo mejor es seguir intentando comprender las razones del que nos parece diferente u opuesto a nosotros, sin que por ello desaparezca la responsabilidad que cada uno debe asumir por sus actos. Las escrituras personales han sido para mí una vía para ello y le agradezco a Margarita Caro permitirme empezar a abrir su archivo y dejarnos mirarla a los ojos y captar sus emociones, el dolor de haber perdido a su padre por los odios políticos, su indignación por haber sido testigo de las muertes de seres cercanos también por esos odios y su angustia por el temor de no cumplir con el rol que su familia esperaba de ella. ©



“¿Cómo se pueden pelear por un trapo?, ¡qué bobada hacerse matar por una tela en un partido! ¡Esos que van y sostienen un trapo y cantan todo un partido en las tribunas populares son solo vándalos!”. Nadie es ajeno a estas expresiones que se oyen con frecuencia en los programas deportivos cuando hay un tropel en una tribuna, en una carretera, en las afueras de un estadio. La conclusión es la misma: “El fútbol es solo un deporte, como puede pasar esto o aquello”. Pero sabemos que alrededor del fútbol se juegan mucho más que los puntos y las barras pueden ser parche, religión, colectivo y propósito para miles de jóvenes que se sienten excluidos de todos los juegos.

Pero no quiero aburrirlos con intentos sociológicos ni mucho menos iniciar un adoctrinamiento de amor por el fútbol, volvamos a las frases iniciales: ¿cómo se pueden pelear por un trapo?, ¡qué bobada hacerse matar por una tela en un partido! Acá me detendré. Quiero enfocarme en las palabras trapo y tela como lenguaje de nuestra cotidianidad y elementos identitarios de una persona o un espacio, como es el caso del trapo de la cocina para una mamá, el trapito que se le enrolla al bebé para que pueda dormir, esa camiseta vieja que ya casi es trapo y que nadie quiere sacar de su clóset, o el señor del trapo rojo, ese oficio del rebusque que por estas épocas decembrinas es tan común en las calles.

Asimismo, el trapo en el fútbol es la materialización de la pasión y el amor que se tienen por los colores de un equipo, una mística que se construye muchos días antes de verla exhibida en una tribuna durante un partido. “Esta noche por ejemplo lo que van a ver en la tribuna es una preparación de días. Elegimos qué trapos van según el momento del equipo, por ejemplo, hoy ponemos: ‘Vamos todos juntos’, pero cuando el equipo va mal se saca: ‘Esto es Nacional y aquí se deja la vida’”, me cuenta CIE, uno de los líderes de la barra Los del

Sur y coordinador del combo Los de trapos, quien llegó al estadio en 1998 con un trapo que decía “CIE presente”, realizado en una clase de arte en el Colegio Isolda Echavarría, de ahí su apodo.

Estamos sentados en una tienda del barrio, donde me recibió CIE, en toda una esquina rodeada de muros pintados con escudos, banderas y rostros de ídolos del Atlético Nacional, y aceras pintadas de verde y blanco por una muchachada que, con sus camisetas o sin

ellas, refleja en su piel el amor por su equipo. Me paro y camino hacia los furgones donde suben los instrumentos musicales, las banderas y las tulas. Hoy en la noche más de doscientos trapos vestirán la tribuna Sur del estadio Atanasio Girardot, en el partido de ida de la semifinal de la Copa Colombia. Pasadas tres horas desde que llegué a la tienda, por fin se escucha el grito por parte de Betón, uno de los más activos en organizar el camión de los trapos,

donde vamos Muto, el fotógrafo, y yo: “Nos vamos”.

Desde que salimos, una caravana de motos y carros conducidos por hombres con camisetas verdes y blancas irrumpen por las calles. Dentro del camión se da el primer pitazo para iniciar el partido de la noche, todo lo que pasa ahí marca el ritmo de la fiesta popular que trae un clásico a la ciudad. Voy sentado sobre las banderas, al lado de Betón, que está recostado en el fondo del volco mirando hacia afuera, barrista desde los once años —tiene treinta—, va sin camisa, lleva tatuado, desde su pecho hasta el brazo, el nombre del combo al que pertenece, Los de trapos. Usa las láminas de aluminio del furgón como bombo para animar a los otros hinchas que están con nosotros y darles ritmo a los cánticos durante el recorrido hasta el estadio. “Vamos, muchachos, el partido se comienza a ganar desde acá, con nuestra voz, vamos, cantemos con fuerza”. Como si fuera una ola que regresa a la playa con más fuerza, los cánticos y saltos en el viaje son cada vez más intensos, y más cuando la ronda de arengas y cantos llega a uno en particular que les sale desde lo más profundo del estómago y les hace marcar las venas de la garganta, cerrar los ojos y mover las manos con tanta fuerza que parece que se fueran a desprender del cuerpo: “Somos de Los de trapos, somos el corazón de toda la barra, la que pega los trapos y no pide nada, la que arma la fiesta en el gallinero, la que sacó bandera en el Pascual Guerrero, somos Los de trapos...”.

Los de trapos es uno de los combos que al igual de Salidas, quienes son los encargados de pensar el espectáculo cuando el equipo salta a la cancha, y el de Cánticos, que, con bombo y redoblante, proponen el compás de las voces de los hinchas que alientan desde las tribunas, hacen parte de la barra Los del Sur. Trapos, como se nombran todos en el grupo, está integrado por treinta hombres que se han ganado la confianza de la barra por su compromiso

# LOS TRAPOS POS

por ALEXANDER HERRERA

• Fotografías de MUTO



en asistir a cada partido, local o visitante, por alentar al equipo “en las buenas y en las malas”.

Esa confianza también nace de la pertenencia a los combos fundadores. Esteban, que desde el 2014 hace parte de Los Infaltables Bello, una barra que cumplió veinticuatro años, es un miembro esencial de Los de trapos porque es quien lidera el manejo de las máquinas planas y fileteadoras para la elaboración de los trapos. Esto es gracias al arte de su mamá, Leonor, que ha trabajado días enteros en reparar una bandera. Leonor se gana la vida con las confecciones en la sala de su casa y es la maestra de varios pelaos, entre esos Esteban. “Al comienzo nos tocó traer a mi mamá con sus máquinas a la casa donde hemos guardado los trapos para que nos ayudara con algunas producciones y nos enseñara. La barra le pagaba. Ya hoy nosotros hacemos nuestras creaciones, hacemos todo el proceso de principio a fin”. Lo primero es la compra de la tela color verde Antioquia en gabardina, linoflex y vendaval por ser más fácil de manejar y de buena calidad, en la tradicional calle Tenerife —calle de las telas como se le conoce— en el sector de El Huevo en el Centro de Medellín. Luego, se proyecta sobre la tela el mensaje que se quiere trazar, se decide por un tipo de letra de fácil lectura, se hace la silueta del mensaje con tiza para finalmente comenzar a hacer los empates y los remates fuertes en la máquina plana. Con la fileteadora, se juntan los recortes y se afinan los tirantes que son usados para amarrar los trapos a los tubos en la tribuna. Entre la compra y el terminado de un trapo pueden pasar de tres a cinco días según el tamaño. Confeccionarlo no basta, la prueba final se da cuando se saca en la tribuna: “Me dan muchos nervios cuando se saca porque ahí se sabe si quedó bien hecho o no, además no falta el agüevado que lo queme con un cigarro o un baretó... Ver un trapo o una bandera en la tribuna nos da mucha alegría y orgullo”.



La caravana llega al estadio. Los dos camiones paran frente a la entrada de la tribuna popular Sur y los muchachos descargan los trapos. Se abre la puerta de la tribuna y salen dos policías, uno de ellos con un perro pastor alemán, harán la requisa completa. Me asombro al ver por primera vez el contenido de las tulas. Nuestro protagonista sale a escena, se deja ver, se exhibe. Los trapos van cayendo para ser extendidos en el suelo, parecen simples, grandes cobertores, pero son los que alimentan el amor por unos colores, por el Verdolaga.

Cuando Muto y yo ingresamos a la tribuna nos para un tipo con chaleco verde reflectivo y nos pide las cédulas: “Cuando vayan a salir nosotros se las devolvemos”. Entrego mi cédula, Muto su pasaporte, con la desconfianza de dejar un documento que ninguna autoridad en Colombia puede retener. “Pero es que son los trapos y se los pueden robar”, nos dice el hombre de logística.

La puesta en escena de un partido de fútbol en Colombia es la mezcla de identidad de distintos países de Latinoamérica. El recibimiento con extintores de colores que se activan al momento de salir los equipos a la cancha es una tradición chilena, las banderas que se ondean con asta son de Brasil, y de Argentina llegaron los trapos. Por ubicación y poder, los trapos son de cuatro tipos: el frente, lleva el nombre oficial de la barra: Los del Sur Siempre presente, y se cuelga en toda la mitad de la tribuna. El trapo, que tiene el nombre del combo Los Infaltables Bello, por ejemplo, y se pone en el lugar que se han ganado en la tribuna. Las tiras son los trapos que se amarran de forma vertical desde la parte alta de la tribuna. Y las banderas, como la bandera gigante que tapa toda la tribuna como sucedió en el último partido contra Equidad en El Campín.

Ubicar los trapos y las banderas tiene su rito. Después de la requisa, los pelados entran cargando o arrastrando los trapos según su tamaño y los ponen detrás del arco, debajo de la tribuna, en

forma de montañitas. Cada montaña tiene el nombre del combo hacia arriba para que a la hora de la entrega esta sea ágil y fácil. Esta solo puede ser recibida por un representante del combo, quien valida su identidad con un código.

especial que le debe llegar antes del partido. Él mismo debe devolver los trapos. Tiene en sus manos la responsabilidad de cuidarlos hasta el pitazo final.

Ver vestir la tribuna es asombroso. El primer trapo en mirar la cancha es una redundancia completa: Los de trapos, seguido del frente de la barra: Los del Sur siempre presente. Luego se ubican las tiras y, por último, los trapos y las banderas de los combos. Cada trapo tiene su ingenio en el amarre para hacer lucir su magia, su esencia como *la piel de una pasión*. Esa piel debe estar siempre “estirada, tensionada, derecha y en orden”, en palabras de Juan Pablo, integrante del combo Los zánganos de Robledo y quien, en Trapos, es el encargado de pintarlos. Esta noche pintó uno en homenaje al fallecido Pedro Sarmiento. “Yo no olvido el día que CIE me entregó una libreta y un papel donde decía que estaba matriculado para estudiar dibujo sobre tela. En el colegio dibujaba en los cuadernos, pero ahora pinto con compresor, pistola y aerógrafo en las telas para la barra y hago murales por la ciudad”.

Las puertas del estadio se abren para el público. Los hinchas le cumplen la cita a su equipo llenando el estadio. El verde y blanco está vivo en todas las tribunas. Pasan junto a mí los encargados de los extintores, los ubican alrededor de la cancha para la salida. A cada minuto que pasa hay menos trapos y banderas para entregar. Lo que en algún momento fue una tela es ahora un territorio que dice presente: Barbosa, La Milagrosa, El Carmelo, Caicedo, Poblado, Las Vegas, Pedregal, Alfonso López, Sabaneta, Envigado, Santa María, Cartagena, Riosucio, París, Robledo, Moravia son algunos de los trapos que logro ver tras un repaso rápido sobre la tribuna. La ciudad abraza la cancha.

Llega la noche al Atanasio. La fiesta en las tribunas está organizada. Los cánticos y saltos ayudan con los nervios en la espera por los equipos para el pitazo inicial. Las telas en sus formas, frentes, trapos, banderas, bufandas, camisetas, buzos y chaquetas guardan *la historia viva de la barra*: lo que hace especial a cualquier trapo es el recorrido y las vivencias que recoge. “Los trapos que vistieron las calles de Japón en el 2016 son de los más valiosos”, me cuenta CIE. Entre más viejo, más mística, más preciado, más amado. Un trapo, una bandera que se rasgue o se rompa no se bota; se repara, se parcha, se remienda y se vuelve a remendar para no dejarlo morir.

Salen los equipos. Se abre el telón de la fiesta. Se tiran los extintores verdes y blancos que cubren toda la cancha. Se ondean todas las banderas, se canta, se salta y se grita en una sola voz: “Vamos, vamos, mi Verde...”. El estadio es un colorido popular. Se ignora el himno nacional, pero se canta el himno antioqueño con vehemencia, la mayoría de los hinchas con un brazo al frente, con un gesto de la Alemania nazi que asusta. Se corea el nombre de algunos ídolos como David Ospina y Edwin Cardona. Al equipo rival se le reafirma que está de visita, lejos de los suyos. “Hay que saltar, señor, hay que saltar, a estos hijueputas les tenemos que ganar”. Todo esto lo vivo mientras camino desde la mitad de la cancha, desde el costado de la tribuna Oriental hasta la tribuna Sur. Estando aquí, con los dueños del colorido, comienza el partido. El juego es intenso, es un clásico, semifinal. La misma intensidad se da en la coreografía de las banderas, movidas de un lado para el otro por los pelados de los combos, los movimientos sutiles de las manos y las miradas que acompañan el baile. En la tribuna, al

ritmo de cuerpos apretujados, que saltan y se mueven de allá para acá, se ven los trapos que son sostenidos por integrantes del combo. Gol. Una avalancha de gente parece venir desde las gradas. Gritos, abrazos, suspiros de desahogo y la mirada optimista de la victoria. Uno a cero. El festín sube de energía. Todos parecen celebrar. Algunos muchachos de Trapos no miran el partido, y su celebración es mínima, una mano empuñada y los dientes apretados, suficiente para mostrar la alegría de la victoria parcial. “Toca mirar todo el tiempo la tribuna por si se suelta o se desorganiza un trapo. A veces ni me doy cuenta cómo va el partido. Además, hay que estar atento a cualquier robo, trapo que salga sin estar autorizado se decomisa. El trapo que sale a alentar en la popular es porque ha hecho méritos y no cualquiera puede venir a poner o sacar uno”, dice Máquina, quien agrega que para él cuidar un trapo es como cuidar su piel. Además, su trapo favorito es el Inmortal #2, en homenaje al ídolo Andrés Escobar, asesinado en Medellín hace treinta años.

En el entretiempo, se pausa la pasión. La espera de quince minutos se da entre polas, porros y pases. Otros comen, toman agua o simplemente esperan en silencio. Los dos equipos saltan a la cancha. Arranca la segunda mitad. Con más intensidad y profundidad en su juego, el visitante, el Deportivo Independiente Medellín, quiere empatar. Miradas fijas y gestos tensos en la fanática son el reflejo del mal juego del Verde que hace que el portero David Ospina sea la figura. El partido sigue uno a cero.

Muto se me acerca. Me recuerda reclamar los documentos. Le sugiero hacer las últimas fotos con detalles o situaciones de las que no tengamos registro. Busco y encuentro a CIE entre los pelaos. Le pregunto por nuestros papeles. Se va a buscarlos con el logístico que nos fastidió. Queda poco tiempo para que el juego termine. Se siente tenso el ambiente. El Rojo busca el empate con ímpetu. El Verde se defiende ordenado. El ánimo del estadio se levanta cuando escucho decir a Esteban: “¡Penal hp!”. No sé cómo lo vio. Filtrar la mirada entre las banderas que se mueven entre la cancha y la tribuna no es tarea fácil. La festividad popular en todo el estadio se aviva con el segundo gol. Gol que asegura la victoria y hace que los trapos y las banderas se vuelvan a mover con la fuerza inicial. Termina el partido. El ambiente es alegre, abrasador, contagioso. El plantel, después de unos minutos de terminado el encuentro, se acerca a la tribuna Sur. Los futbolistas saltan al ritmo de la hinchada, usan sus camisetas como trapos que agitan en círculos sobre sus cabezas. Se cierra la noche y se devela la adoración por los colores entre hinchada y jugadores.

Los combos comienzan a devolver las banderas y los trapos. Unos llegan más sucios de como los recogieron y se lavan en lavadoras propias de la barra que consiguieron hace poco. Otros llegan deshinchados o rasgados. Cada combo aporta para el lavado y la reparación de sus trapos. Los pelados de Trapos los guardan en las tulas. No vemos a CIE. Miro a Muto con preocupación mientras me despido de algunos de los muchachos. Al estadio volvió el frío de un espacio sin vida. Las horas de montaje se convierten en minutos en el desmontaje. Mientras bajan el último trapo aparece CIE. “Muchachos, no encontré al man de logística, se perdieron los documentos”. Pongo cara de preocupado y miro a Muto, cuando CIE repunta: “Mentiras, acá están”. Risas. Salimos del estadio. Nos despedimos de los muchachos que ya están montados en los furgones. Le damos la espalda al telar de pasiones. Caminamos, y con pola en mano me pregunto: ¿dónde duermen los trapos después del partido? ☺



# Abecé de las pérdidas de agua en el sistema de acueducto de EPM



Lo advierten los expertos: el sistema de acueducto de EPM registra un volumen de pérdida de agua potable tan grande que equivale a lo que se consume un municipio como Bello durante todo un año.

Expliquemos. Las pérdidas de agua son la diferencia entre el agua potable que sale de los tanques de almacenamiento y la que se factura a los usuarios. Esa disparidad se produce por situaciones técnicas o por actividades comerciales.

Las razones técnicas son diversas: fallas en el sistema, rupturas de tuberías, escapes de agua en los tanques por medio de filtraciones y el deterioro de los medidores que registran el agua. Las pérdidas comerciales son otro ítem preocupante: conexiones fraudulentas al sistema de acueducto.

Luisa María Pérez Fernández, gerente de Gestión Integral Sistemas Aguas de EPM, asegura que los planes para mitigar dichas pérdidas van desde un programa de búsqueda sistemática de fugas, hasta un plan de reposición de cerca de 4000 kms de redes en acueducto y una renovación del parque de micromedidores.

También, existe la oferta de agua prepago que busca mantener y vincular a usuarios que no tienen un flujo de ingresos apropiados para

esperar la factura de fin de mes, un programa de control de fraude, una gestión social con las comunidades en los asentamientos y una estrategia social con diferentes programas en los territorios llamada "Cuido el Agua, Cuido la Vida".

#### Impactos y retos

Los impactos de estas pérdidas se reflejan de diferentes maneras. Primero, ambientales: a mayores pérdidas, mayor cantidad de agua hay que traer de las fuentes naturales de los embalses para abastecer la demanda.

Segundo, impactos económicos: tener mayor volumen de agua no facturada representa una mayor atención de daños y fraudes que obligan a destinar más recursos para atender todas estas problemáticas y, finalmente, van a reflejarse en la tarifa que pagan todos los usuarios.

Y tercero, un impacto social: cuando hay conexiones no autorizadas el sistema se descompensa y, a veces, no hay suficiente cantidad de agua para todos los usuarios.

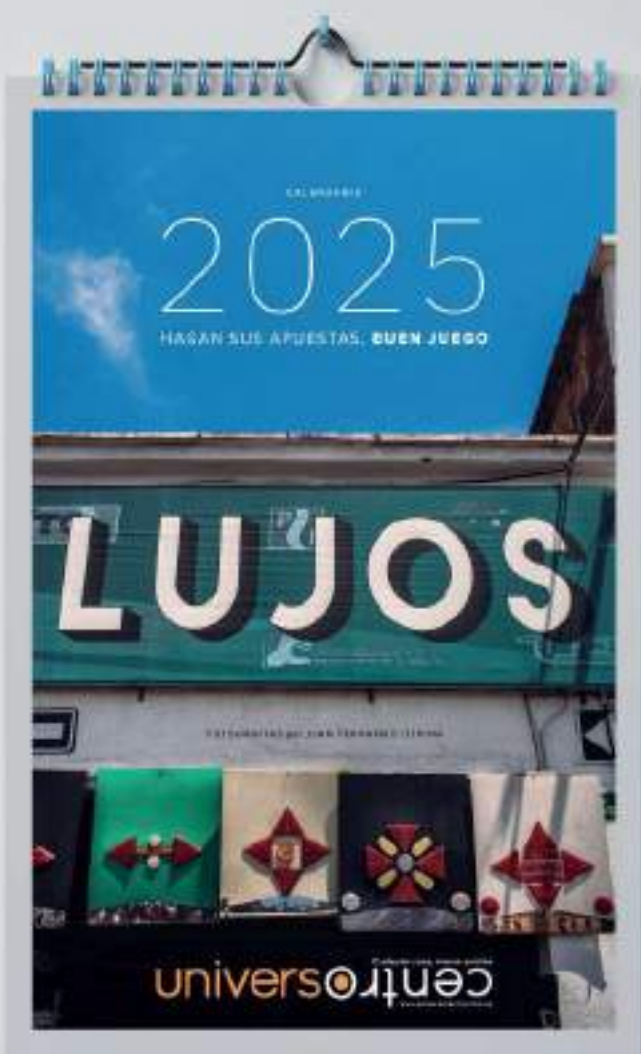
Santiago Ochoa, vicepresidente de Agua y Saneamiento de EPM, recalca el esfuerzo constante de la empresa en abrir fronteras y crear puentes con las comunidades frente a los retos sociales:

"Nos ha tocado promover creación de normas y ha sido muy dispendioso, pero lo que quiero resaltar es que no lo hemos dejado de hacer porque sea difícil la tarea; no la abandonamos y hemos avanzado, más que ninguna otra ciudad en Colombia, en este tema" declara el Vicepresidente.

Además, explica que antes de que un ingeniero llegue a revisar el tema entran los equipos de sociólogos, antropólogos y ambientalistas para entender cómo es la dinámica de esa comunidad y cuáles son sus necesidades.

"Hemos conformado mesas del agua con los habitantes para empezar a madurar un proyecto que se pueda desarrollar. En esto, hemos tratado de ser muy conscientes de que los ciudadanos que están en esta condición, no están allí porque quieren sino porque las circunstancias los han forzado, muchas veces, a tener que llegar a esa condición y que, más que un señalamiento de parte nuestra, lo que necesitan es consideración de su condición particular, que nosotros tengamos consciencia de eso y que desarrollemos las estrategias que les permitan salir adelante" añade Ochoa.

El agua es cada día un recurso más escaso. Por eso, EPM invita a todos los ciudadanos a ser responsables con su cuidado y convida a que estén vigilantes y reporten cualquier indicio de pérdida de agua al 604 444 4115 o en cualquiera de los canales de contacto de EPM. El cuidado del agua es un ejercicio de corresponsabilidad colectivo y un compromiso con las nuevas generaciones.



**PASA  
EL AÑO.  
PASA LA  
PÁGINA**

**CALENDARIO UC 2025**  
Fotografías de Juan Fernando Ospina

**CÓMPRALO EN**  
[tienda.universocentro.com](http://tienda.universocentro.com)









**La plaga invade**  
***Toda la ciudad***  
Aerosol sobre papel  
Medellín  
2024

**E**l planeta Tierra tiene unos 4500 millones de años. Hace cerca de 3800 millones la vida en la Tierra apareció en forma de organismos unicelulares que fueron evolucionando hasta convertirse en organismos complejos. Sin embargo, en su evolución geológica desde el gran continente Gondwana hasta llegar a los continentes que hoy tenemos, podría decirse que cerca del 95 por ciento de las especies que han habitado el planeta ya se extinguieron. Es decir, cataclismos naturales derivados de cambios climáticos y dinámicas geológicas como el volcanismo y movimientos de placas literalmente aniquilaron a miles y miles de especies.

No obstante, el impacto del meteorito Chicxulub sobre el planeta, ocurrido hace unos 65 millones de años, seguido del levantamiento de las montañas de los Andes, definió una proporción considerable de la increíble diversidad natural que poseemos en países como el nuestro. Debido a ese impacto de “polvo de estrellas” desaparecieron los dinosaurios y lo que eran bosques dominados por helechos y árboles similares a los pinos se transformaron en la incommensurable variedad de plantas con flores que embellecen bosques y páramos, ecosistemas que algunos aún creen eternos. Pero no solo fueron las plantas. Los

nichos vacíos que dejaron los dinosaurios y otras especies fueron ocupados por miles de especies de bacterias, hongos, insectos, mariposas, pájaros, peces, reptiles, mamíferos, etcétera, los cuales han coevolucionado y dado forma a nuestro hábitat interactuando entre sí.

En días recientes, el mundo regido por humanos se reunió en la ciudad de Cali para debatir en la denominada COP16 sobre la imperiosa necesidad de detener la actual pérdida de esa ya vieja y majestuosa obra natural: la biodiversidad. Sí, los homínidos en su forma de *Homo sapiens* (creo que valdría la pena reflexionar sobre el segundo acrónimo), que al creernos magnamente superiores a pesar de ser una especie muy reciente (unos doscientos mil años dicen algunos expertos), estamos causando la destrucción de hábitats y la pérdida de especies a una velocidad nunca vista en toda la historia terráquea. No solo sobrepoblamos el planeta, sino que también lo empobrecemos y envilecemos, con el argumento del pensante urbano del desarrollo. Y aunque el objetivo *per se* de estas reuniones como la COP16 es encomiable, los resultados y acciones propuestas en la reunión distan de entregar respuestas eficaces en lo global o nacional; es decir, no nos permiten concluir que nuestro actuar (el de la humanidad) busca realmente entender mejor

el cómo y el para qué preservar la diversidad natural.

En lo que respecta a las acciones para conservar la biodiversidad a escala global, la COP16 deja algunos puntos positivos. Lo primero fue poner de nuevo la biodiversidad como elemento integrador dentro del discurso ambiental. Esto es importante porque en las últimas tres décadas la discusión ambiental literalmente se carbonizó. Es decir, el interés y el desarrollo de mecanismos de financiación eficientes para la conservación, en este caso direccionados por las Naciones Unidas, se han concentrado casi que en su totalidad en financiar modelos tecnológicos o de desarrollo que promuevan la reducción de emisiones de CO<sub>2</sub> a la atmósfera, dejando de lado lo referente a la biodiversidad.

Aunque es necesario destacar que a la fecha el programa de reducción de emisiones por deforestación y degradación ambiental (REDD y todos los +++ que los siguen) ha sido el único mecanismo de conservación de bosques que ha permanecido por un tiempo considerable, también se deben mencionar algunos de sus contratiempos: i) a escalas nacionales y regionales la capacidad de almacenamiento y captura de carbono no está correlacionada con la variación en biodiversidad. Lo anterior significa que proteger y promover el desarrollo

con base en el almacenamiento y captura de carbono en los sistemas naturales puede poner incluso en peligro muchas especies. ii) Por el contrario, a escala global, existe una correlación positiva entre pobreza o subdesarrollo y biodiversidad natural. Por este motivo, el pago por servicios ambientales asociados con el carbono nos deja simplemente como proveedores de materias primas y no como transformadores de productos con plusvalía económica o social. Es decir, seguimos a expensas de la limosna de quienes ya tumbaron sus bosques y siguen emitiendo carbono para mantener su alto estatus económico y social. iii) El mecanismo de pago por servicios ambientales basado en carbono se ha convertido en un instrumento con muy poca transparencia que, como siempre, termina enriqueciendo a los intermediarios multinacionales y dejando monedas de miseria a las comunidades locales.

La efectividad del mecanismo regulador del CO<sub>2</sub> como estrategia para combatir el cambio climático ha sido bastante cuestionada. Por un lado, muchos de los proyectos que se implementan no terminan siendo eficaces en su accionar climático, en cambio, han servido para enriquecer nuevos modelos empresariales. Por ejemplo, en los Llanos Orientales de Colombia se paga por proyectos de reforestación con especies de *Eucalyptus*

# OPORTUNIDADES DE LA BIODIVERSIDAD

por ÁLVARO DUQUE • Fotografías de Sebastián Ramírez



a treinta años, sin ningún control expreso sobre el futuro de estos bosques. Esta incertidumbre sobre el destino final de este carbono almacenado en los árboles en muchos casos termina convirtiéndose en emisiones nuevamente. En otras palabras, convierte este tipo de iniciativas en acciones sin ningún impacto real sobre los ciclos de los elementos que componen los gases que causan el denominado efecto invernadero, en buena medida responsable del calentamiento global. Otro caso importante es el asociado con el pago por deforestación evitada a las comunidades indígenas. Esto se hace sin protocolos estandarizados bajo acuerdos de confidencialidad, en los cuales la transparencia del negocio brilla por su ausencia, además carecen de datos basados en la ciencia.

Esta experiencia con el carbono debería usarse para definir algunos referentes asociados con el pago por conservar diversidad. De aquí surge otro punto positivo derivado de la COP16, y quizás el de mayor impacto mediático: la inclusión de las comunidades indígenas y afro como figuras activas en la discusión sobre diversidad. Este tema es de relevancia ya que les da voz a minorías que se estima representan el cinco por ciento de seres humanos vivos en el planeta, pero que conservan aproximadamente el ochenta por ciento de la biodiversidad. Bajo el paraguas de este lema, se logró además a última hora incluir el pago voluntario de las grandes empresas de tecnología que se benefician de la información genética libre en la internet, para usufructo de las comunidades indígenas o locales. Lo anterior significa que si a las grandes empresas farmacéuticas, cosméticas, de agroquímicos y otras tantas índoles les da literalmente la gana de aportar, lo hacen; si no, todo bien. Estos pagos se fundamentan en la idea de que gran parte de esos recursos provienen de las zonas con más alta diversidad y de su conocimiento ancestral, tema este último de alta sensibilidad. En síntesis, a escala global se lograron muchas cosas, pero al final, de aquello nada; no hay dinero (el vil billullo) ni financiación

asegurada de los grandes actores mundiales que permitan sentar bases sólidas para poder emprender programas de desarrollo a partir de la conservación y uso de la diversidad natural.

Pero si por todas partes llueve, por aquí no escampa. Para empezar, Colombia es un país en el cual los bosques representan un 59 por ciento de la superficie continental. Sin embargo, estos ecosistemas no aportan ni siquiera un uno por ciento del total del producto interno bruto (PIB). Es decir, aunque según cifras somos el país con más aves, el segundo con más plantas, el segundo en mariposas, y así con lo demás, tanta riqueza biológica no se traduce en nada en los balances monetarios de capital. Uno de los problemas asociados con este asunto radica en que el discurso actual desconoce que existen muchas formas de ver la diversidad. Es decir, más allá del simple conteo de especies y de hacer énfasis en algunos tipos de diversidad cultural, vale la pena también mencionar que existe la diversidad genética, la diversidad funcional, la diversidad química y muchas más, las cuales se pueden traducir en potencial de desarrollo y valoración del capital natural.

Esta carencia de claridad semántica, en mi opinión mal asumida por los voceros estatales de gobiernos pasados y del gobierno actual, explica en buena medida por qué seguimos anclados en discursos anacrónicos que terminan por limitar el desarrollo de programas eficientes de conservación y uso de la biodiversidad. Aunque no existe duda alguna de la necesidad de valorar y respetar el conocimiento ancestral, es importante entender que herramientas como la inteligencia artificial hoy en día nos permiten hacer exploraciones del potencial de uso de las especies, sin necesidad de echar mano de ninguna fuente de conocimiento tradicional. Dado que el porcentaje de plantas con uso comprobado en la industria farmacéutica, por ejemplo, es ínfimo en comparación con el número de especies que tenemos, lo que hay es una gran oportunidad de desarrollo industrial, basados

en nuestra muy alta diversidad natural. Eso sí, se debe tener en cuenta la participación monetaria y conceptual de la comunidad local, respetando el principio de uso sostenible y valorando en todas sus formas el saber ancestral.

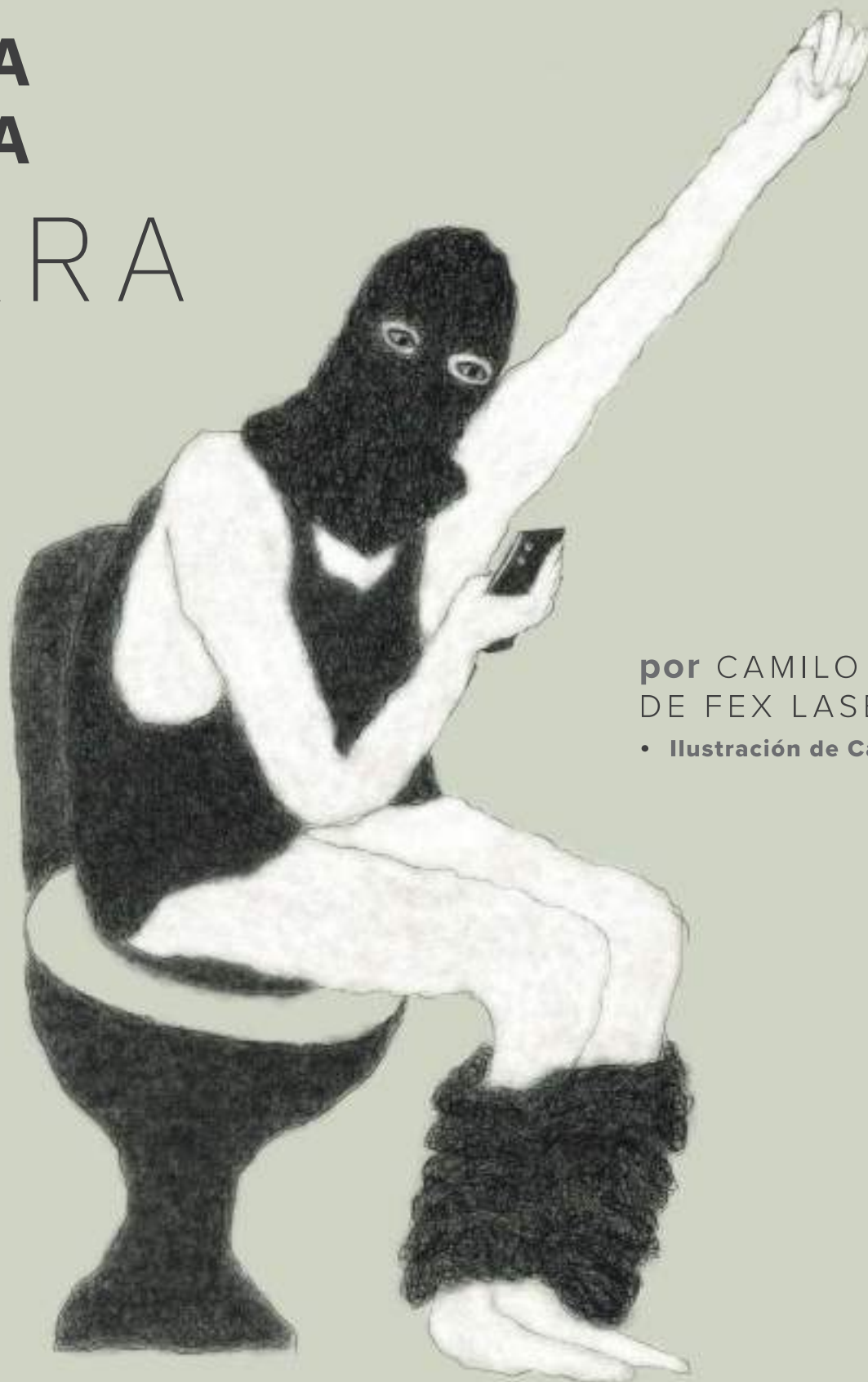
Pero para dejar de ser pobres tenemos que dejar de pensar como pobres. En vez de estar diciendo a boca llena que nos “han robado” los recursos genéticos, lo cual en buena medida no es cierto, deberíamos potenciar nuestro propio desarrollo industrial con base en principios que promuevan la sostenibilidad y beneficien a la comunidad local. Todo esto, antes de que el cambio climático y la voracidad humana hagan su trabajo y acaben con muchas de las especies que existen, incluidas muchas que ni siquiera conocemos ni sabemos nada acerca de su potencial de uso. Pero este tipo de proyectos requiere de inversión en investigación básica. Eso significa que necesitamos saber cómo cambia la composición de especies, cuáles especies son las que estamos protegiendo, cuáles son las más abundantes, y mucho más aún, cómo es su natalidad y mortalidad natural. Pero requerimos, sobre todo, poderlas estudiar; y para ello se requiere presupuesto y un cambio en la

inverosímil normatividad que nos hace a los investigadores casi delincuentes, a tal punto que resulta prácticamente imposible fomentar el desarrollo social con base en el avance del conocimiento científico de nuestro capital natural.

La conservación y el uso de la diversidad natural requiere de discusiones mucho más profundas que las que en la actualidad se dan. Es definitivamente esencial que el Estado pase de invertir el pírrico 0.3 por ciento del PIB que le asigna a ciencia y tecnología, y siga el ejemplo de las grandes sociedades y su gran esfuerzo en el avance de la ciencia básica. Es imposible hacer innovación sin un desarrollo previo de lo fundamental. En este sentido, requerimos que nuestro gobierno del cambio (y digo nuestro porque vote por él) nos explique por qué nos tiene con el presupuesto más bajo de los últimos veinte años para la investigación. Sin demeritar avances en algunos asuntos claves que se requieren para la transformación de nuestra sociedad, en lo que concierne al discurso ambiental, hay que ir mucho más allá del interés político-personal para en realidad promover la equidad social con fundamento científico a partir de la conservación y uso de nuestra biodiversidad.©



# NUESTRA PEQUEÑA GUERRA FRÍA



por CAMILO  
DE FEX LASERNA

• Ilustración de Camila López

**E**n las mañanas, cuando tomo mi celular por primera vez en el día y entro a X, siento que fui reclutado hace tiempo —en contra de mi voluntad— para participar de una guerra cultural a escala global. Desayuno mientras desplazo la cronología de X con el índice y despliego los comentarios de las publicaciones que más me molestan. Rastreo los virus meméticos inoculados por partidos políticos de izquierda y derecha, los contrasto, mido sus tentáculos informativos y juego a analizarlos. Me gusta descubrir el origen de las narrativas ideológicas y rastrear sus recorridos, pero nunca participo de las discusiones que estas suscitan en X; tan solo leo los comentarios, tomo pantallazos de las opiniones más radicales y categorizo a los *trolls* en una taxonomía ideológica rudimentaria. Por momentos, me siento como un periodista de guerra cuya labor es documentar el fin de la especie por las razones más estúpidas de todas.

Cada vez que voy al baño siento el impulso de revisar X. A veces parece que el flujo de la desinformación global está conectado con el de las sustancias residuales que produce mi cuerpo;

materialidad y fantasma de un mismo fenómeno. Voy al baño unas siete u ocho veces al día y sospecho que muchas son para revisar X sin sentir culpa. Hace poco, sentado en el inodoro, mientras mi cuerpo se vaciaba de materia y se llenaba de fantasmas, entreví algo importante: la guerra cultural polarizante que sincroniza la agenda mediática global es una simulación. No existen bandos en realidad, pues las polaridades están vacías de contenido, son simples trincheras momentáneas, trincheras que emulan un binarismo que ya no existe, que ya ni siquiera es posible.

Varios son los afluentes que alimentan esta conjetura. El principal es *Guerra irrestricta*, un libro escrito por dos excoroneles chinos, Qiao Liang y Wang Xiangsui, quienes hablaron en los noventa de los rostros nuevos de la guerra. También bebí de productos culturales poderosos y desechables; los más importantes fueron las películas *Civil war* y *The hater*, y la serie *Kansan viholinen*. A esto se suma el bombardeo constante en X con las *fake news* producidas a favor y en contra de Javier Milei, presidente de Argentina, y de Gustavo Petro, presidente de Colombia. Pero lo que realmente detonó la escritura de este ensayo

fueron las inmolaciones a inicio de año de los norteamericanos Maxwell Azzarello y Aaron Bushnell, así que por ahí comenzaré la deriva de esta especulación.

El 19 de abril de 2024, Maxwell Azzarello se inmoló a la salida del juicio contra Donald Trump, rodeado de personas que apoyaban o que estaban en contra del expresidente recientemente reelecto, y a pocos metros de las cámaras de CNN y Fox News. Según el relato de los testigos, Azzarello, en apariencia una persona que vivía en la calle, se levantó de la banca en la que estaba sentado y lanzó al aire decenas de panfletos fotocopiados en papeles de colores. Después, roció su cuerpo con líquido inflamable y al instante selló con un encendedor el pacto con su propia verdad. En un video grabado por uno de los testigos se ve cómo Azzarello queda inmóvil durante unos segundos después de vestirse de fuego, luego da cinco pasos hacia la cámara, se arrodilla por el dolor y queda tendido en el suelo. La inmolación de Azzarello no duró más de un minuto y resultó mortal.

Unos días antes, Azzarello publicó en su cuenta de Instagram un mensaje en el que rendía homenaje a Aaron Bushnell, un joven soldado de la Fuerza Aérea que

se había inmolado recientemente frente a la embajada israelí. Bushnell gritó tres veces “¡Palestina libre!” mientras el fuego consumía su cuerpo. Las acciones flamígeras devienen virus memético con facilidad, por eso los medios de comunicación no las cubren de forma extensiva ni transparente. En apariencia, las inmolaciones con tinte político parecen pertenecer al siglo XX, casi siempre asociadas a la lucha de monjes budistas por la liberación del Tíbet, pero en realidad, si se hace una búsqueda rápida y mediocre en Wikipedia, la entrada de “inmolación” mostrará que en lo que va de este siglo han ocurrido, al menos, 43.

Procedí por intuición y fui al Substack de Azzarello, convencido de que sus manifiestos me servirían como punto de arranque para investigar la convergencia de todas las orillas políticas en dos polaridades vacías e intercambiables. Empecé con *I have set myself fire outside the Trump*, publicado el día de su muerte. En este texto, Azzarello se presenta como un periodista investigativo que acaba de inmolarse en Manhattan, a la salida del juicio contra Donald Trump. En el párrafo siguiente, el autor dice que este acto de protesta extrema es para llamar la atención

sobre algo importante que ha descubierto. Dice: “Somos víctimas de una estafa totalitaria y nuestro propio gobierno (junto con muchos de sus aliados) está a punto de darnos un golpe fascista apocalíptico y mundial”.

En un principio, Azzarello parece un vector de contagio de las ideas de QAnon, un movimiento de derecha cercano al expresidente Trump, que surgió tras la publicación de una serie de teorías de conspiración en el foro 4chan. La narrativa que sostiene este conjunto de teorías conspirativas es que existe un “Estado Profundo”, liderado por los demócratas, que toma decisiones antipatrióticas para debilitar los cimientos de los Estados Unidos de América. Sin embargo, al avanzar en la lectura del manifiesto de Azzarello, se hace patente que su ideología no es un calco de QAnon, aunque sí hace algunos préstamos formales en las maneras de su enunciación conspiranoica.

En esencia, Azzarello plantea en este, su último texto, que las criptodivisas son un esquema Ponzi creado por las universidades de Stanford y Harvard para lavar dinero de gente rica y drenar capital del sistema financiero. También dice que las cantidades trillonarias que fluyen por este desagüe del mercado de valores han causado una inflación global y han deformado múltiples mercados internacionales. La pandemia de covid, según él, fue una estrategia para encubrir esta crisis inflacionaria causada por este esquema Ponzi del fin del mundo, o al menos para disfrazar esta recesión económica de crisis epidemiológica; para que nadie intuyera que el matrimonio Clinton, Bill Gates, Jeffrey Epstein, Elon Musk, Peter Thiel, Trump y los demás estaban saqueando el mercado de valores a través de este esquema piramidal, mientras nosotros, encerrados en casa, atendíamos por televisión a sus falsas peleas partidistas.

Para Azzarello, todo aquel que se opone a este cóncave totalitario es asesinado o se ve envuelto en escándalos por pedofilia. En este punto específico, la narrativa de Azzarello se conecta con las teorías conspirativas de la derecha alternativa norteamericana. Su especulación germina en una trinchera ideológica que puede ser ocupada tanto por la izquierda como por la derecha. En todos los textos publicados por Azzarello en su Substack noté gran sincretismo de narrativas conspiranoicas de diversas polaridades, expresadas en un código tan realista que se hacían verosímiles de repente. Pues bien, la militancia activa de Azzarello en esta guerra cultural a escala global, en la que yo también siento que participo cada vez que entro a X, lo llevó a inmolarse en público a la salida del juicio contra Donald Trump. La guerra cultural propia del nuevo milenio se libra en las pantallas y a través de ellas, pero también impacta la forma en que producimos realidad, en la que producimos mundo. Azzarello estaba seguro de que su inmolación lo cambiaría todo. No fue así. Sin embargo, descartar sus conjeturas como simples teorías de conspiración sería facilista. Hace poco vi una serie finlandesa, *Kansan vihollinen*, que plantea una hipótesis similar a la del norteamericano. El protagonista de esta serie es Katja Salonen, una periodista comprometida con su oficio, pero que trabaja en un periódico virtual que usa el modelo de clics, es decir, que produce titulares sensacionalistas para aumentar el flujo de lectores y la visibilidad de sus patrocinadores. Katja, quien cubre por encargo un incendio en la casa de un futbolista famoso, termina por descubrir, a partir de este hecho sensacionalista, que las personalidades más importantes de Helsinki, incluido el alcalde, están involucrados en una estafa piramidal con criptodivisas. Los móviles son similares a los que expone Azzarello y la forma en la que estas personas

poderosas se defienden de las investigaciones de Katja consiste en una cruenta guerra de información a través de redes sociales que la desacredita ante sus lectores. Este tipo de estrategias son propias de la guerra irrestricta, tal cual la plantearon Qiao Liang y Wang Xiangsui en el libro del mismo nombre.

*Kansan vihollinen* conforma durante sus ocho episodios un diorama de la corrupción en el que podemos ver, a escala Helsinki y con el lente mágico propio de la ficción, la forma en que funcionan las conspiraciones cleptocráticas. También allí podemos analizar el uso que esta clase social hace de la información para distorsionar el campo de batalla o, mejor dicho, para acondicionarlo a las armas que posee. Los poderosos han instalado guerras intestinas al interior de casi cualquier ámbito de la vida pública y privada, buscando así su propia imperceptibilidad.

Hay una revista en Colombia que es el sumun del modelo de clics, una revista que solo busca desinformar y que los usuarios pinchen en sus publicidades engañosas. La revista *Semana* fue dirigida hasta hace poco por la periodista Vicky Dávila y sus dueños son el grupo Gillinski, una de las familias más poderosas del país. Los Gillinski usan este medio digital como un arma que es en ocasiones difusa, pensada para desinformar y generar un falso ambiente de polarización, y otras veces, de forma puntual, para atacar al presidente Gustavo Petro. En la cuenta de X de Dávila abundan las noticias falsas, los titulares engañosos y las “revelaciones explosivas”. Allí observé por primera vez en Colombia el uso de lo que he llamado “producción de polaridades vacías”. Cuando Gustavo Petro aumentó el precio de la gasolina en Colombia, por ejemplo, Dávila alertó que la comida subiría de precio dramáticamente. Pero cuando Javier Milei retiró la subvención a la gasolina en Argentina, Dávila lo felicitó por su llamado a la austeridad. Cuando Petro mencionó la posibilidad de convocar a una Asamblea Constituyente, Dávila lo tildó de dictador, pero cuando Milei pasó por decreto un amplio paquete de leyes, lo felicitó por su valentía al enfrentarse al *statu quo*. Los lectores de la revista *Semana* no parecen notar las múltiples divergencias en la línea editorial del medio, pues Dávila no les da tiempo para pensar entre escándalo y escándalo, mientras sintoniza hábilmente las polaridades en juego.

Aunque Javier Milei y Gustavo Petro tienen ideologías antagónicas, los memes y las narrativas usadas por simpatizantes y opositores para construir las identidades digitales de ambos mandatarios, en su forma, son prácticamente idénticas. Los discursos que los llevaron al poder también son similares. Ambos se presentaron a sí mismos como *outsiders*, prometieron la renovación en un país cooptado por una clase política enquistada y fueron elegidos gracias al voto joven y de opinión. Esta disforia ideológica también está presente en el cuerpo conformado por los fanáticos de Milei, quienes se autodenominan libertarios, en contra de lo que representa la ideología libertaria original. Así mismo, es difícil saber si los seguidores de Gustavo Petro comprenden que un político alineado con la OCDE no puede ser, realmente, de izquierda.

Las ideologías están vacías y a la vez son dinámicas, mutantes, sincréticas. Izquierda y derecha son nociones ingenuas y monolíticas en este punto histórico. Así como capitalismo y comunismo. Sin embargo, estas dicotomías arcaicas, propias del mundo preindustrial e industrial, pueden habitar momentáneamente alguna polaridad vacía, como cuando Milei elige al socialismo como contraparte que le da sentido a la vacuidad ideológica que representa. El mandatario argentino lleva por dentro las

polaridades vacías; es un oxímoron encarnado. Se autodenomina anarquista, por ejemplo, y es, al mismo tiempo, presidente de un Estado.

Internet, como sabemos, es una incubadora de posturas e ideologías. En la actualidad existen tantas posibles formas de ver el mundo y de identificarse con este, que cada una de estas perspectivas asume coordenadas momentáneas para ganar expresividad entre la multitud, a través, justamente, de la oposición con alguna otra de estas múltiples formas que han adquirido las ideologías en su progresivo degradé. Así es como el transfeminismo se delinea mejor cuando comparte polaridad vacía con las TERF, que por momentos comparten voz y bando con la derecha alternativa, que por momentos aceptan y celebran las conquistas del feminismo liberal. A veces la izquierda o la derecha reivindican el derecho a las manifestaciones en el espacio público, y de inmediato su antagonista virtual tilda a las marchas de haber sido pagadas con el dinero de los impuestos o de una oposición que compra conciencias. La polarización en este 2024 holográfico es algo mucho más complejo que la simple oposición entre “dos bandos”; es, en realidad, la instauración de dos bandos en todas las dimensiones de la existencia humana. Es la Guerra Fría atomizada más allá del escenario global en el que antes actuaran Estados Unidos y la Unión Soviética. Ahora la Guerra Fría la llevamos al interior de nuestras vidas, presente en cada una de nuestras decisiones, viva y resplandeciente en cada funa y señalamiento, en cada inmolación, en cada linchamiento.

En esto han derivado las guerras culturales sigloveinteras. Este es el futuro de la guerra predicho por Qiao Liang y Wang Xiangsui. En vez de continuar la carrera armamentística, cuyo culmen se alcanzó evidentemente con la bomba atómica, El Poder optó por cambiar el concepto mismo de lo que es un arma y de lo que es un soldado. Frente a la pantalla de nuestros celulares y sentados en el sanitario, muchos experimentamos el mundo como una guerra silenciosa. Participamos con los dedos sobre el teclado y con los ojos atados a las imágenes danzarinas. A veces, algunos se animan a salir a la calle a traer su realidad sobre el mundo. Sus cabezas, saturadas de información basura, se decantan por las acciones terroristas, la inmolación, los magnicidios.

Precisamente este es el tema de la película polaca *The hater*. Tomasz, el odioso protagonista, es un estudiante de derecho expulsado de la carrera por hacer fraude en un trabajo escrito. Desesperado por quedarse en la capital, Tomasz consigue trabajo en un *troll center* desde donde se coordinan ataques de odio hacia políticos progresistas. Embriagado de poder, Tomasz, quien se ha descubierto como un mentiroso funcional, termina por convencer a un fanático de que cometa una masacre en el evento público de un político reconocido. Esta película muestra cómo el odio en internet, coordinado desde las oficinas de desinformación que contratan los partidos políticos, puede terminar con facilidad en un llamado real a las armas.

*Civil war*, la última película de Alex Garland, propone justamente cómo sería la continuación de esta tendencia en la que la guerra nos habita. La tesis central de la película es que, si el periodismo sigue dejándole el camino abierto a la construcción de polaridades vacías, pronto nos veremos inmersos en una guerra civil en la que los bandos serán difusos, moleculares, inexistentes incluso. Una guerra de todos contra todos sin finalidad alguna más que la confrontación, es decir, la materialización del campo virtual de batalla en el que participamos en X y otras redes sociales.

Si bien esta nueva configuración de lo bélico nació después de la Guerra del Golfo —los autores de *Guerra irrestricta* llamaron la atención al respecto justo en esa época—, sus lógicas fueron configuradas recientemente por empresas como Cambridge Analytica, y puestas a prueba durante el confinamiento del 2020 y la pospandemia, de la que aún no logramos salir. En 2020 el espectro político de los Estados se dividió entre los países que tomaron la pandemia en serio y los que no. El entonces presidente de Colombia, Iván Duque, dirigente de ultraderecha, a diferencia de sus homólogos alineados como Bolsonaro y Trump, declaró rápidamente la cuarentena en el país e instauró fuertes políticas de confinamiento. En el juego local de las polaridades vacías, Duque asumió la postura de los Estados más progresistas e impulsó la cuarentena, la mascarilla y el cibercontrol. Habitó, momentáneamente, la trinchera ideológica del enemigo.

Hoy la guerra también se libra al interior de los cuerpos presidenciales. El síntoma de esta fiebre son los tuits que expulsan los mandatarios a diario en X. Tuits pasionales, tuits con mala ortografía, tuits que buscan desestabilizar el entendimiento de los votantes al tiempo que funcionan como brazo ejecutivo para despidos, contrataciones, decretos, discursos de odio en pocos caracteres; tuits que son los rumores de esa guerra que apenas comenzamos a entender. El verdadero campo de batalla es la opinión; los enfrentamientos militares son una extensión de esta. ¿Estás a favor de Israel o de Palestina? ¿Qué piensas de la guerra entre Rusia y Ucrania? Fácilmente alguien puede estar en contra de que un país poderoso como Rusia invada a uno pequeño como Ucrania, y minutos después estar del lado del genocidio cometido por Israel contra una población desarmada como la palestina. Tus alianzas te convertirán de inmediato en antisemita, en comunista, en sionista o en cualquier otra de las innumerables categorías identitarias actuales. Pero no te preocupes, pues unas horas después podrás ser liberal, feminista u homofóbico. Ninguna categoría es realmente fija.

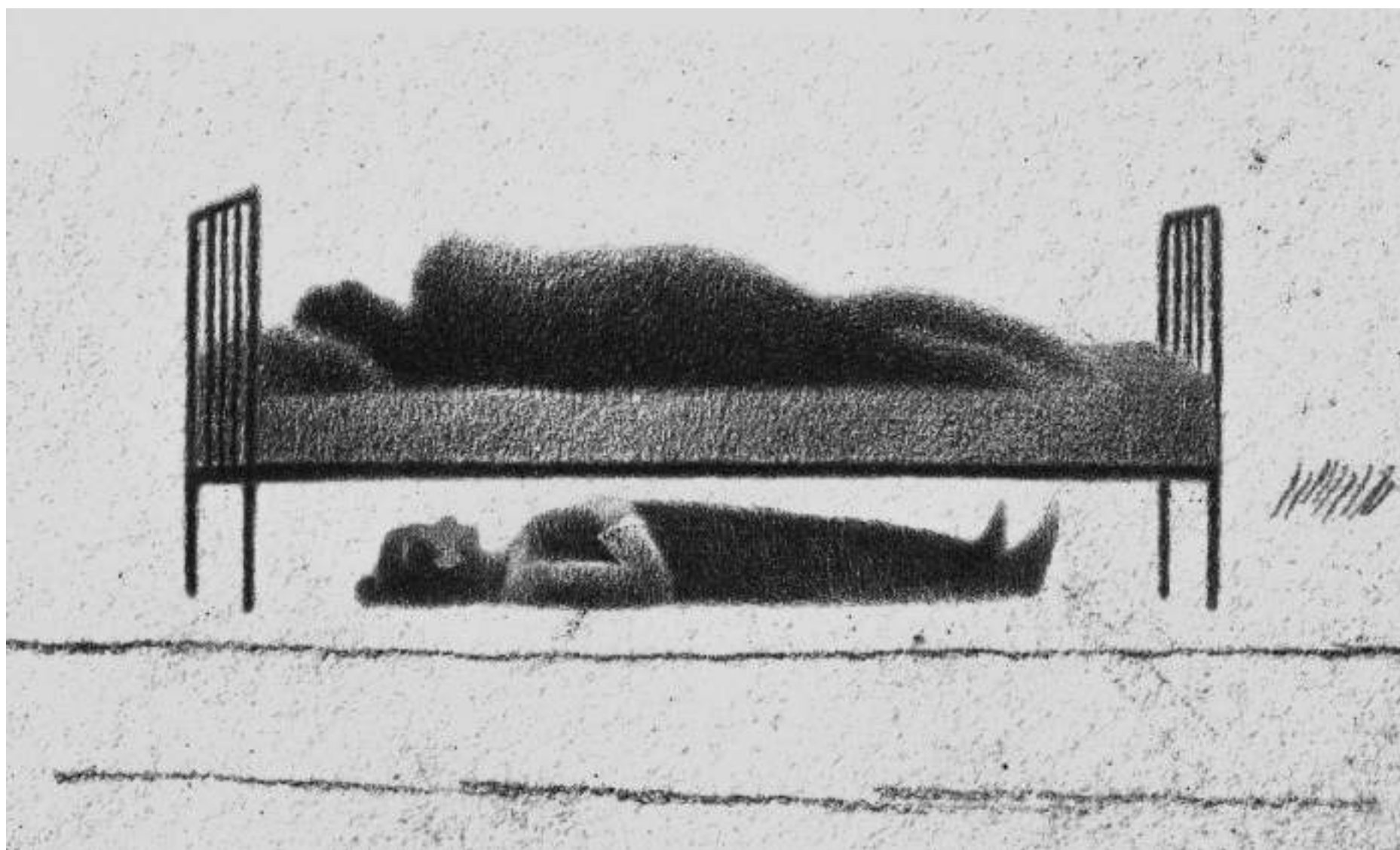
Concluyo esta especulación con la imagen poderosa que vi esa vez ante la pantalla de mi celular, sentado en el sanitario, mientras desplazaba la cronología de X. El actual paradigma tecnológico, la urdimbre de pantallas al alcance de nuestros dedos, ha permitido la instauración de un *focus group* masivo, maleable y constante en el tiempo. Día a día participamos de decenas de referendos que habrán de configurar las burbujas de opinión que nos encarceran, convirtiéndonos así en arquitectos de nuestras propias prisiones. Con nuestras interacciones en las redes creamos un entramado de síes y noes que producen texturas y tramas, así como el código binario que, con la combinación de unos y ceros, produce imágenes, sonidos, veracidad. La dialéctica, es decir, la confrontación de dos opuestos para llegar a una síntesis es asunto del pasado. Nuestra actual forma de comprender el mundo es la cibernética, la recursividad del discurso, la autopoiesis ideológica, el repliegue de la lengua sobre sí misma. En la retícula de afirmaciones y negaciones que configuramos con las pantallas, de posicionamientos momentáneos en esta o aquella trinchera ideológica, es imposible el matrimonio de los opuestos, la síntesis, el entendimiento. En la multiplicidad identitaria descubrimos que, a fin de cuentas, en el momento cumbre de la viralidad de una noticia, de una tendencia, de una opinión, lo único que podemos decir es si estamos de acuerdo o en contra. Así, atrapados entre el sanitario y la pantalla, seguimos desplazando la cronología de X como si fuéramos a llegar a algún lugar distinto al que arribó Azzarello, justo antes de decidir inmolarse a la salida del juicio contra Donald Trump. ©

Con dos mujeres atribuladas por la violencia de sus maridos, abrimos la puerta a una saga que tendrá por escenario el mundo doméstico y la familia en la Antioquia de los siglos XVIII, XIX y XX. Nos asomaremos en las colchas de las camas de pabellón y en las esteras de iraca de los ranchos, lechos sudorosos para desenfrenos que también atestiguaron los amores, los desengaños y la violencia sufrida por las antioqueñas de tiempos perdidos. La palabra la tendrán los archivos coloniales y republicanos de Medellín, Rionegro, Marinilla y Santa Fe de Antioquia para rescatar las voces de esas mujeres sepultadas por la sociedad parroquial “del que reza y peca, empata”, y de una justicia que, muchas veces, condenó a la inocente y absolvió al culpable.

# INFIERNO CONYUGAL

*“El matrimonio me aterraba, y por momentos deseaba morir más bien que ser la esposa de Enrique”.*  
Soledad Acosta de Samper en *El corazón de la mujer*.

por FELIPE OSORIO VERGARA • Ilustración de Samuel Castaño



"Jamás viviremos en paz"  
Sopetrán, 1799

Gregoria de Lorza aprovechaba la última hora de luz solar para continuar con la lectura de un libro. Estaba sentada en el quicio de la puerta de su casa, refrescándose del bochorno de Sopetrán. Al rato, pasó por su vivienda un hombre a caballo, de ruana y sombrero, y se quedó allí. Poco después, Gregoria

llegó corriendo donde sus vecinos Ignacio Castañeda y Rosa Ortega. Buscó a Castañeda y le preguntó sobresaltada: “¿Qué hago yo, ahijado? Está que mata el señor Pedro a aquel niño”. “¡Corra madrina!, ¡icorra!”, contestó Castañeda, y Gregoria le rogó: “Vaya, ahijado, a ver si puede defenderlo”. Pedro José Ruiz, esposo de Gregoria, había llegado a casa y, al ver al hombre del sombrero, le gritó: “Aguárdame ahí, hijo del demonio”, y empezó a perseguirlo con un cuchillo en una mano y un palo en la otra. El misterioso hombre se fugó, pero dejó abandonado el sombrero, la ruana y el caballo. “Después de esto, llegó Pedro Ruiz y

le preguntó al declarante si conocía a aquel hombre. Y dicho declarante le respondió que no lo conocía, que la misma pregunta hizo a la mujer, y ella le respondió que tampoco lo conoce. A que se volvió dicho Ruiz a su casa e inmediatamente volvió a la del declarante con el caballo de cabestro, preguntándole si conocía a aquel caballo, cuya pregunta también le hizo a la mujer, y ambos le respondieron que no lo conocían”, declaró el 19 de octubre de 1799 Ignacio Castañeda, de veintisiete años, ante el alcalde de Santa Fe de Antioquia.

El matrimonio entre Pedro José Ruiz y Gregoria de Lorza había llegado a un

nuevo punto de quiebre. Ahora él desconfiaba de su esposa y creía que era una adúltera, que le era infiel mientras él se ausentaba de su casa. A partir de ese día, la ya caótica convivencia se tornó más oscura, más sombría.

\*\*\*

Pedro José Ruiz y Gregoria de Lorza llevaban veintidós años de casados y habían tenido cuatro hijos. Ambos sabían escribir y firmar, situación escasa en un período colonial marcado por el analfabetismo y el alto costo del papel, los libros y las tintas. Vivían en Nuestra Señora de Sopetrán, un pueblo agrícola y ganadero, habitado por 1600 almas, que

había sido bastión tabacalero y se había alzado durante la Sublevación Comunal de 1781. El matrimonio era de mestizos pobres, pues Pedro Ruiz era vago y se negaba a trabajar, por lo que su esposa llevaba las cargas de sostener a su familia: “Sin oficio, porque no lo tiene ni de arte liberal ni de obras mecánicas, ni el de jornalero. Vago, porque ni tiene casa, ni morada fija, y hoy está aquí y mañana allá. Malentendido, porque solo se ejecuta en bailes, paseos y en trazar y maquinarme la muerte, agravios y deshonras, todo con escándalo”, se quejaba Gregoria de Lorza. Además, agregaba que, para poder mantener a su familia y a él, había tenido que alquilarse en “obras serviles y tareas ridículas”, aparte de haberle pedido limosna a una hermana. “Jamás me ha suministrado, ni a mí ni a sus hijos, los precisos alimentos y vestido, ni aun acomodados a la mayor pobreza”, añadía.

Por eso, ella acudió a comienzos de septiembre de 1799 a querellarse contra su marido. Esto coincide con una tendencia identificada por la historiadora Beatriz Patiño en *Criminalidad, ley penal y estructura social en la provincia de Antioquia*, donde señala que las denuncias de esposas por el maltrato de sus maridos aumentaron significativamente después de 1780, y tuvieron un repunte en el siglo XIX, bajo la hipótesis de que en ese tiempo los jueces tuvieron un cambio de actitud y empezaron a tomar en serio este delito.

La queja de Gregoria es un relato desgarrador de todo tipo de violencias: físicas, psicológicas, morales y hasta amenazas de muerte. Llevaba años padeciendo a su marido, pero, desde el incidente del hombre del sombrero, los celos lo habían obnubilado y ella temía que, pronto, los golpes dieran paso al asesinato. “Hace veintidós años que me casé con Pedro Ruiz y este mismo tiempo hace que vivo sufriendo la más notable sevicia, crueldad y fiereza que pueda imaginarse, [...] este hombre solo ha sido mi marido [...] para castigarme con azote, palos y puntapiés, como a la más vil negra, dejándome por muerta en algunas de estas ocasiones”, relataba, de su puño y letra, en un escrito dirigido al gobernador de Antioquia.

Durante la Colonia, y hasta bien entrado el siglo XX, el matrimonio era visto como una institución ejemplar que tenía como ideal a la Sagrada Familia. Se promovía, entonces, la subordinación femenina al marido, pues se creía que el deber ser de la mujer estaba anclado a su pureza, fidelidad, delicadeza y docilidad, muy ligado al imaginario de la devoción mariana. En ese sentido, la mayoría de las mujeres eran preparadas desde su infancia para ser “buenas esposas”, e incluso existían manuales moralistas como *La perfecta casada*, escrito en el siglo XVI por Fray Luis de León. Asimismo, desde los pulpitos de las iglesias coloniales, y usando imágenes de Santa Mónica o Santa Ana, los párrocos difundían el ideal de esposa sacrificada como arquetipo de virtud y camino para alcanzar la santidad. “Los moralistas castellanos sustentaron su invitación a la subordinación femenina en dos presupuestos que hicieron escuela desde la Antigüedad [...] por un lado, la creencia en una supuesta inferioridad biológica de la mujer respecto al hombre y, por el otro, la pretendida incapacidad de raciocinio de las féminas”, señala la historiadora Mabel López en *Civilización de la violencia conyugal en la Nueva Granada*.

Ahora bien, el hombre gozaba de *pater familias*, es decir, del poder, control y autoridad sobre su esposa e hijos. Esto derivó en la legitimación social, religiosa y civil de la violencia doméstica. “Ese poder y esa autoridad, en muchos casos, denotó la violencia como necesaria o como una forma de control y de autoridad. La fuerza y la violencia

eran prácticas que quedaban avaladas socialmente, pero que eran muy silenciadas”, explica la historiadora María Mercedes Gómez.

Gregoria de Lorza “cansada de sufrir”, escogió hablar y desafiar a su marido y al andamiaje colonial que respaldaba sus abusos. “Yo, señor gobernador, me hallo en la ocasión tan temerosa y tan afligida que, si no se le castigan a mi marido sus excesos a proporción de su desastrada vida, y sin perder de vista el evidente riesgo en que me hallo y prever mi resguardo, moriré de necesidad en compañía de mis hijos. [...] Instauro ante vuestra señoría para que se le ponga freno a la depravada vida de este, o se use de las precauciones más severas que haya lugar, no solo para asegurar mi vida, que tantos años ha estado en peligro próximo de ruina, sino para que, con el castigo de este, quede satisfecha la vindicta pública y no quieran otros a su ejemplo vivir con el libertinaje que este tiene”.

En la Colonia el divorcio era casi impensable. Tanto justicia canónica como civil defendían la unidad conyugal, unos anclados en el versículo bíblico que reza que “lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre”; los otros, soportados en leyes como las *Siete Partidas*: “Matrimonio es ayuntamiento de marido y mujer hecho con tal intención de vivir siempre juntos y de no separarse”. No obstante, en casos de agresiones extremas o sevicia comprobada (violencia sistemática y peligro de muerte) las mujeres podían solicitar un divorcio “de lecho y mesa” que, como explica el historiador Víctor Uribe en *Amores fatales*, significaba que, si bien ninguno de los esposos podría volver a casarse, sí legitimaba que vivieran separados.

Aunque no lo dice directamente, es posible que Gregoria quisiese un divorcio de lecho y mesa. Ella, por lo que se evidencia en el caso, era una mujer muy inteligente que conocía las dinámicas de su tiempo. Por eso, para blindar sus argumentos y evidenciar su papel de buena esposa cristiana, en caso de que la justicia eclesiástica metiera sus narices en el litigio, relató también la nula religiosidad de su marido: “Sin religión, porque ni oye misa en los días de precepto, ni reza el rosario con su familia, ni creeré sepa la doctrina cristiana. Sin subordinación porque a más de no cumplir con el precepto de oír misa, para cumplir con el de la confesión y comunión anual, siempre ha sido necesario que el párroco se valga del juez para traerlo, como dicen, a perros”, señalaba.

El 9 de septiembre de 1799, don Francisco Escobar, que reemplazaba al alcalde del sitio de Sopetrán, apresó a Pedro Ruiz y lo remitió al juzgado de Santa Fe de Antioquia. Allí, Ruiz debía tener un careo con su esposa, un método empleado en ese entonces para confrontar a los querrelados y evidenciar vacíos o inconsistencias en los relatos.

El expediente guarda silencio sobre el resultado del careo, pero probablemente se tradujo en una amonestación verbal a Pedro Ruiz y la orden de que diera buenos tratos y una vida maridable a su mujer. Ahora bien, lo que sí es seguro es que la denuncia de su esposa lo había inundado de más odio hacia ella, e intentó vengarse acusándola de adulterio con el hombre del sombrero, que posteriormente se supo que se trataba de don José María Villa, que por su título de don debía ser alguien de cierto estatus.

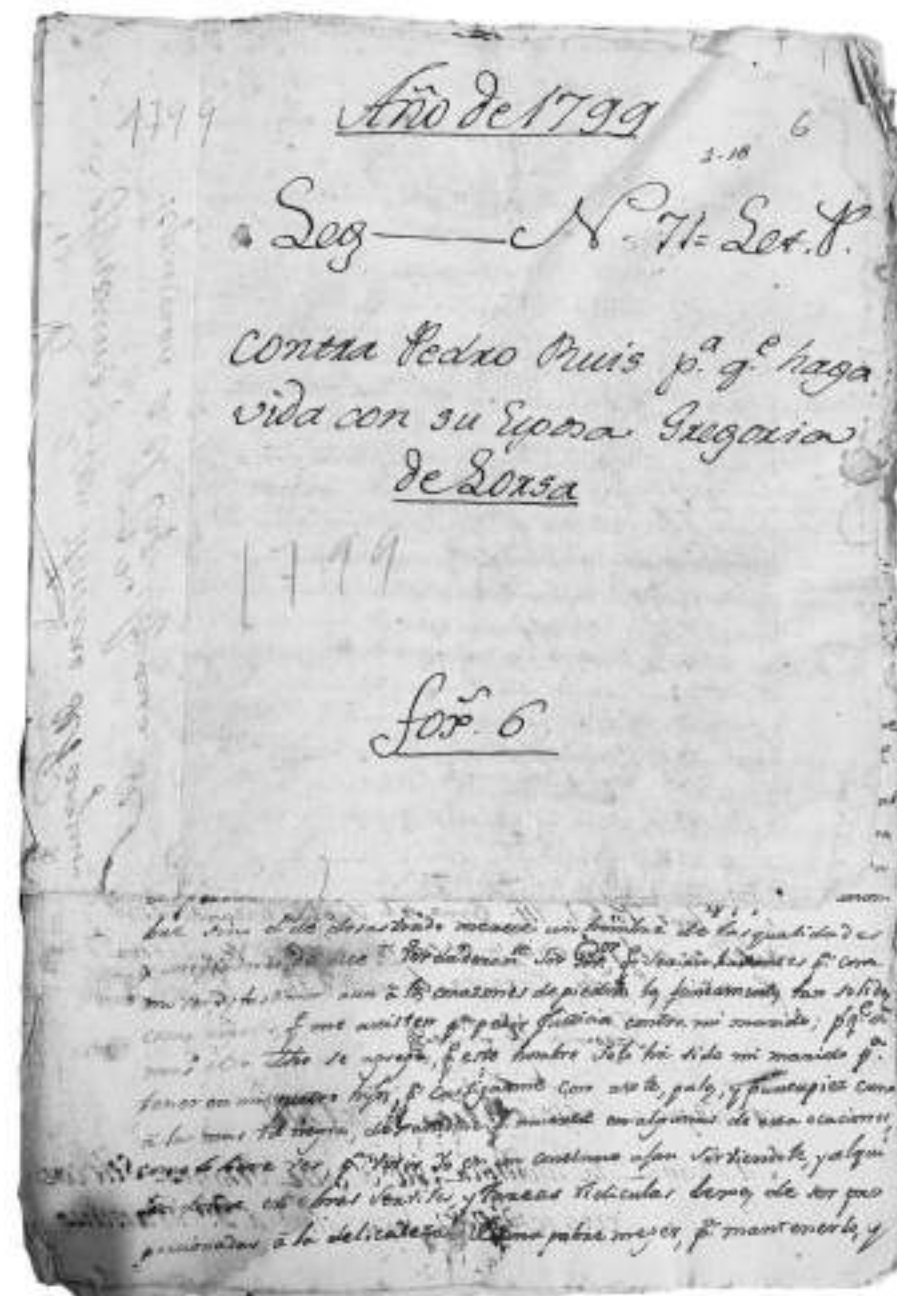
“Pedro José Ruiz, vecino de Sopetrán, ante vuestra señoría con el debido respeto y en la vía y forma que más haya lugar en derecho, digo: que en el mes próximo pasado de agosto encontré *in fraganti* cometiendo adulterio a mi mujer Gregoria Lorza con don José María Villa y estando reservado el castigo de semejantes delitos a la jurisdicción

real por la ofensa hecha a la vindicta pública [...] me querello criminalmente contra los ya denunciados”. Esta acusación deja en el viento varias incógnitas: si el incidente había sucedido en agosto, ¿por qué Ruiz decidió acusar a su esposa apenas el 3 de octubre? ¿Será que, acaso, buscaba invalidar la acusación de su esposa y desviar el curso de la investigación hacia un adulterio en lugar de un maltrato conyugal? ¿Trataba, quizá, de justificar su violencia apelando a que castigaba a su mujer por supuestamente ser adúltera?

Este sumario criminal, ubicado en el Archivo Histórico Bernardo Martínez Villa de Santa Fe de Antioquia, deja más preguntas que respuestas. No obstante, este caso subvierte la imagen colonial del perfecto matrimonio, ideal católico de Sagrada Familia ejemplar, mostrando que años de unión conyugal o la tenencia de hijos no aseguraban una vida de mutuo amor, unidad y paz. En muchas ocasiones, los matrimonios se sostuvieron, si y solo si, por el aguante y resignación de mujeres que, como escribió Gregoria de Lorza, jamás vivieron en paz.

\*\*\*

El rastro de este desvinciado matrimonio vuelve a encontrarse en el censo de Sopetrán de noviembre de 1802, que se encuentra en el documento 6541 del fondo Censos del Archivo Histórico de Antioquia. Allí, en la lista de mestizos, aparecen los esposos Pedro Ruiz y Gregoria de Lorza, junto con su hijo Blaz. Esto muestra que seguían conviviendo y que tenían un hijo aún bajo su tutela. Sabrán Dios y la historia cuántos años y maltratos tuvo que seguir soportando esta antioqueña, hija de la Colonia.



Portada del expediente, 1799. Archivo Histórico Bernardo Martínez Villa, Santa Fe de Antioquia. Fotografía de Felipe Osorio Vergara.

“Las leyes, dijo el maldito, os marcan vuestro deber / Violarlas es un delito, y es preciso obedecer. / Replicó entonces su esposa: y ¿por qué las quebrantáis, y en tan importante cosa tan mal ejemplo nos dais? / Tus reflexiones me ofenden, el grave cabrón le dice: las leyes no me comprenden porque yo mismo las hice”.

María Josefa Acevedo de Gómez,  
poema *El cabrón legislador*,  
publicado en *El Mosaico* en 1860.

## Atadura infernal Rionegro, 1846

Los esposos Liborio Arias y Pascuala Henao estaban en la puerta de su casa. Desde ese altico en el que habían construido esa vivienda de embarrado podía divisarse la manga del frente, en la que pastaban caballos y mulas. De repente, Liborio agarró a su esposa y la lanzó por un derrumbe cercano a la casa. “Después de haber caído me estaba ahogando, con las rodillas y a esfuerzos que hice, me escapé”, relató Pascuala, de dieciocho años, ante el juez de Rionegro. Era el sábado 7 de febrero de 1846.

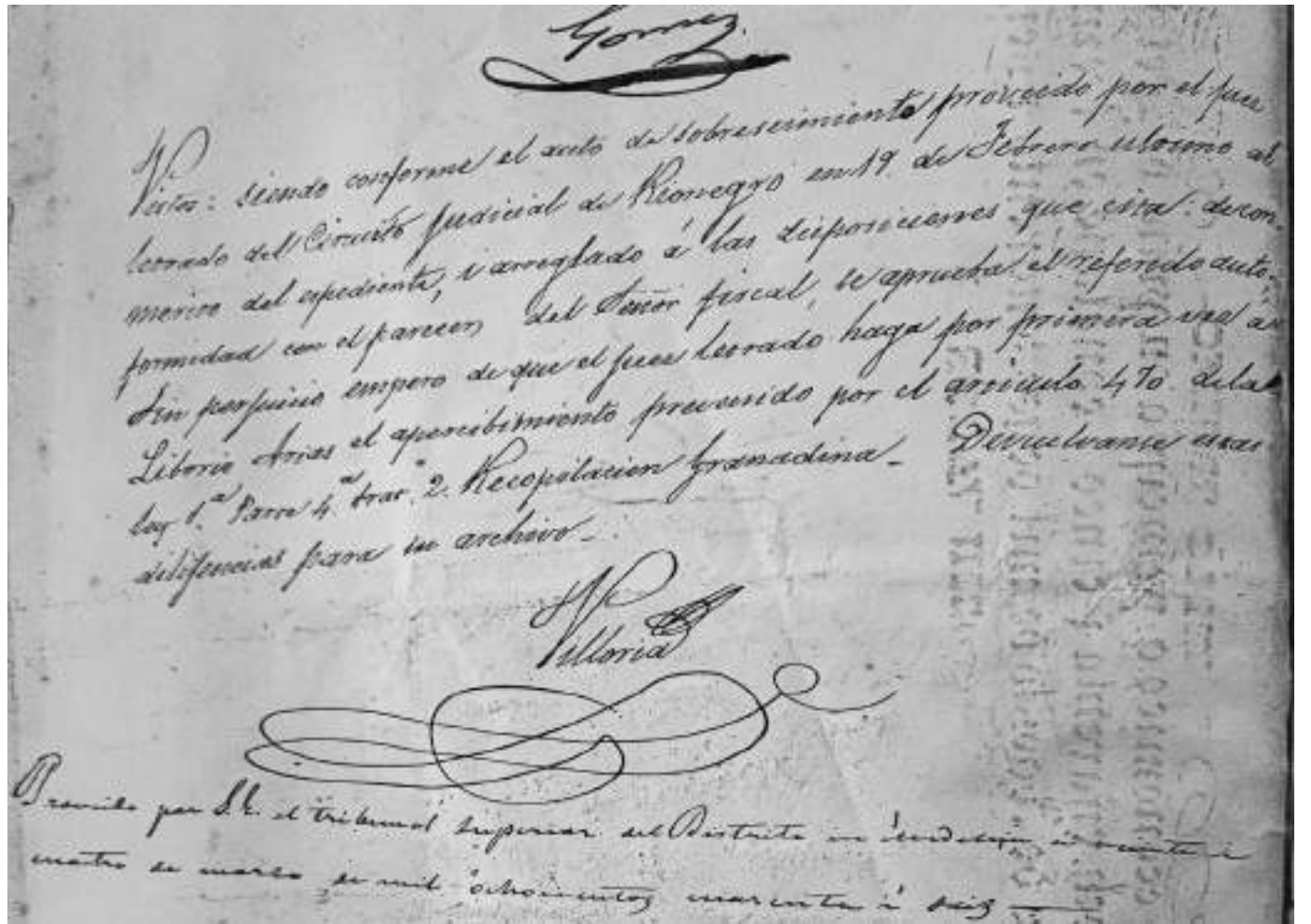
Esa agresión fue la gota que reboseó la copa de la paciencia de Pascuala. Había estado sufriendo maltratos por parte de su marido, pero lo que le había pasado estuvo al borde del uxoricidio. Por eso, tres días después, decidió presentarse ante Jesús María Fernández, juez de Rionegro, a denunciar a su esposo. “Pareció la señora Pascuala Henao Cuartas quejándose contra su esposo Liborio Arias porque le da mal tratamiento, en cuya virtud este juzgado, con el objeto de prevenir un delito cuyas consecuencias pudieron ser funestas entre ambos, [...] ordeno se proceda a levantar el correspondiente sumario”, registraba el juez Fernández el martes 10 de febrero de 1846.

\*\*\*

Pascuala Henao Cuartas había nacido en Rionegro en mayo de 1827, y era hija de Francisca y el arriero Casimiro. Liborio Arias Gómez había nacido también en Rionegro, en julio de 1823, hijo de Jacinta Gómez y el agricultor José María Arias. Lo más probable es que, para la fecha de la denuncia, Pascuala y Liborio estuvieran recién casados y hubiesen tenido que solicitar el beneplácito de sus padres, pues las leyes de ese tiempo señalaban que los hombres menores de veinticinco y las mujeres menores de veintuno debían recurrir al consentimiento paterno para contraer nupcias.

Es imposible determinar cómo se conocieron, pero con certeza fue en El Tablazo, ya que ambas familias eran originarias de esa zona de Rionegro. Además, Liborio siguió el oficio de su suegro, pues figura como arriero en el censo de 1851. Es probable que Liborio trabajara con su suegro y con él concertara el casamiento con Pascuala.

Es importante señalar que, más allá de la atracción física o el gusto entre los novios, en esa época las uniones conyugales representaban, sobre todo, la formación de pactos económicos y sociales entre las dos familias. Así, y heredado de la época colonial, los padres terminaban decidiendo, la mayoría de las veces, la conveniencia o no de un lazo. “La sociedad seguía funcionando bajo el modelo sociocultural de la época colonial —matrimonio entre iguales socio-racial y económicamente—, por más que fuera la República y sus valores —de igualdad, propiedad y ciudadanía—”, explica la historiadora Luisa Pérez en su investigación “*Vivir como casados de una manera pública i escandalosa: el amancebamiento en Antioquia, 1850-1864*.”



Concepto del Tribunal Superior del Distrito de Rionegro.  
Archivo Histórico de Rionegro. Fotografía de Felipe Osorio Vergara.

Tras casarse, Pascuala y Liborio siguieron viviendo en El Tablazo, que reunía alrededor de mil habitantes, casi todos agricultores, jornaleros, arrieros, costureras o lavanderas. Esta zona hacía parte del cantón de Rionegro, provincia de Antioquia, y solo cinco años atrás había visto el levantamiento de Salvador Córdova, hermano del héroe de Ayacucho, que se sublevó contra el gobierno central durante la Guerra de los Supremos que asoló a la República de la Nueva Granada, como se llamaba Colombia entonces.

\*\*\*

A pesar de llevar poco tiempo casados, las mieles matrimoniales se habían amargado muy rápido, pues los maltratos de Liborio eran sistemáticos. “El esposo Liborio Arias en varias ocasiones la ha ultrajado, [...] en varias ocasiones ha jurado quitarle la vida y que ignora los motivos para que su esposa lo maltrate”, registraba el juez tras la declaración de Pascuala el 10 de febrero de 1846. Además, Pascuala pidió que se entrevistara a dos vecinos para sustentar su denuncia. “Ha oído decir a algunas personas que el sábado pasado la habían tirado por un volcán [en referencia al derrumbe], pero que no lo vio”, declaró el testigo Ramón Valencia. Mientras que Pablo Zapata, de veinticuatro años, señaló que: “El sábado siete de los corrientes, habiendo salido de su casa a una manga inmediata a coger un caballo, vio que el señor Liborio Arias estaba en la puerta de su casa con su esposa, la cogió y la tiró por un volcán, y que detrás bajó él [Liborio], y que a poco rato salió”.

Estos dos testimonios, más la declaración juramentada de Pascuala, motivaron a que José María Echeverri, personero de Rionegro que hacía las veces de fiscal y había estado siguiendo de cerca el proceso, conceptuara que: “Este sumario presta mérito suficiente para proceder al juzgamiento de Liborio Arias por maltratamiento de obra inferida a la persona de su esposa Pascuala Henao. Por la declaración jurada de esta, la de un testigo presencial y otro de oídas consta que el referido Arias atentó contra la vida de su esposa”.

Ahora bien, opinión distinta tuvo José María Fernández, juez letrado del Cantón de Rionegro, que sentenció el 19 de febrero de 1846 que: “No resulta de este informativo una prueba perfecta del delito de maltratamiento de obra [...] pues las declaraciones de un solo testigo de vista y otro de oídas, solo forman semiplena prueba del hecho, por la cual no debe darse lugar al requerimiento de causa contra el referido Arias. [...] Se declara sin lugar el enjuiciamiento”. Y envió copia del expediente al Tribunal Superior del Distrito de Rionegro, que estuvo de acuerdo con la sentencia y proceder del juez, pero le solicitaba que, de conformidad con las leyes, le hiciese un apercibimiento “por primera vez” a Liborio.

En esencia, Liborio quedaba absuelto y el caso sobreseído. No obstante, de conformidad con el artículo 470 del Código Penal de la República de la Nueva Granada, se le realizó un apercibimiento, una especie de advertencia donde se le indicaba que, en caso de reincidir, recibiría consecuencias legales: “Cuando el marido, por su conducta relajada o malos tratamientos a la mujer, diere lugar a justas quejas de parte de esta, será apercibido por la primera vez; y si no se enmendare, y hubiera nueva queja de la mujer, será arrestado o puesto en una casa de reclusión por el tiempo que el juez estime conveniente y que tampoco pasará de un año”, se lee en dicho artículo.

Aunque este expediente del Archivo Histórico de Rionegro no permite saber si, después del apercibimiento del juez, Liborio cesó los malos tratos a Pascuala, sí es seguro que ambos siguieron viviendo juntos, como esposos. En diferentes documentos eclesiásticos disponibles en el portal Family Search, y en diferentes censos del siglo XIX —localizados en el Archivo Histórico de Antioquia— se encontró que el matrimonio Arias Henao había tenido varios hijos: Antonio María, José María y Juan de la Cruz. Adicionalmente, se descubrió que Liborio había sido enterrado en el cementerio de Rionegro en 1870.

\*\*\*

No debió ser fácil para Pascuala acudir al tribunal para pedir el amparo judicial, sabiendo que podría empeorar las cosas de puertas para adentro. Era claro que el divorcio no era una posibilidad cercana, y en ningún momento lo solicitó. Sin embargo, temía por su vida porque, noche tras noche, estaba durmiendo con un marido que más parecía su enemigo. Si a plena luz del día Liborio había sido capaz de atentar contra su esposa, ¿cuántos vejámenes más no podría perpetrar cobijado por las tinieblas nocturnas y la lejanía del campo? Este no era el matrimonio que prometían los curas en los sermones, antes bien, parecía la purga de los pecados en vida, una penitencia cuya pesada cruz tenía nombre propio: Liborio. Esta tampoco era esa familia ejemplar, mito antioqueño de matrimonio celestial. Era, eso sí, su antípoda: un infierno conyugal. ©





# Colombia es un Jingle

por SEVERINA

• Ilustración de Dayro Trigueño

del vino u otras bebidas espirituosas. Y presentí que meterme por esa veta romántica era el camino fácil, la respuesta más obvia, bañada en nostalgia y un falso sentimiento de comunión de gustos. La pregunta tiene mucho veneno: CUALQUIER COLOMBIANO, todos los colombianos, y fuera de que el compatriota la conoce, la canta. Supongo que en el postulado están también incluidas las colombianas, les colombianas, ¿o será que, usando atajos cognitivos engañosos, solo la cantarían hombres colombianos, trigueños, de clase media, casi heterosexuales, con estudios superiores, radicados en ciudades de más de medio millón de habitantes?

Categoría nada original de la que hace parte el que espicha estas teclas. Y la vaina se va complicando porque ciudades de más de medio millón de habitantes hay en muchas regiones de Colombia y para gustos los colores.

¡Caray! ¿Y ahora quién podrá defenderme?

Y el otro ahí en la barra esperando una respuesta que se demoraba en llegar. “Sabés qué, ini idea! ¡Pidamos mejor oro trago!”. Ya no era una posibilidad.

De lo poquito que sé en la vida es de música y no quería que me perdiera el respeto Juanito preguntón.

Qué es Colombia o en general qué es un país sino un territorio marcado por unas restricciones geográficas, una subyugación a un aparato estatal, un control político y económico de los recursos y las poblaciones, y que en nuestro caso nacional ha cojeado toda la vida. Un país también funciona en teoría como una especie de jurisdicción económica, una masa de consumidores que en el nuestro gastan en pesos y consumen bienes y servicios ofrecidos entre otras por los medios de comunicación. Éramos, hace no tanto, además de ciudadanos, televidentes, radioescuchas y lectores, hoy ya no es tan claro, pero se me ocurre que ese colombiano imaginado, ficcionado, el de la pregunta esta que se pasea por mi cabeza cagada de la risa con una grabadora a todo taco sacándole la lengua a mis neuronas no existe

sino en la cabeza del que la formuló, sin embargo ese colombiano podría tener sus menguados ahorritos “en la casita roja de Davivienda donde está el ahorrador feliz”, y por las mañanas se toma una granito de café, aquel que caminando por el bosque una hadita convirtió. Ese colombiano le pondría a la arepa o al pan un poquito de “la Fina, la margarina, la preferida en la mesa y cocina”. ¡Sí, señor! Esta última hasta la ponen los recreacionistas en las fiestas infantiles y tenía incluso versión parodia-porno con putas y tombo, perdón, trabajadoras sexuales y agentes de policía... “Las putas, las prostitutas, las preferidas por los...”. Y cuál chucuchucu navideño, ino!, en la navidad, esa que ya no funciona más con tía, guaro y voladores, a nuestro colombiano modelo enrazado con sesgo cognitivo aún se le agua el ojo y la fibra con una sabrosa y empalagosa melodía polifónica: “De año nuevo y navidad, Caracol con sus oyentes, formula votos fervientes de paz y prosperidad”. ¡Para qué más! Y mi cerebro botó una respuesta para salvar el honor. Colombia podría ser no más que una ficción, un acto de fe, como decía el catedrático borgeano de mentiritas, ser una acto pegado con babitas por un montón de *jingles* de productos colombianos, que mueven la economía colombiana, a través de los medios de comunicación colombianos, y que nosotros los colombianos, imaginados y manipulados por el mercadeo y el *marketing*, conocemos de memoria, y nos alegran la vida para que consumamos, felices, productos y servicios colombianos y sigamos haciendo patria. El *jingle* es de una efectividad aterradoramente, se te pega en el inconsciente. Y a don César lo que es de don César y que las marcas hagan su agosto con nuestro inconsciente colectivo. Ya nadie lo hace como Frisby lo hace.

Sí, sí, Colombia, sí, sí, Caribe... ¡Gol! La canción que cualquier colombiano podría reconocer y cantar me temo que podría ser un *jingle*. Para eso los hacen. ¡Ahí tenés, Juanito, tu respuesta! Salvado el honor. Tomémonos el otro, seamos amigos. ©

**T**odo comenzó sentado frente a la barra de un bar. Sonaba rock pop anglo y entre el estrépito de la música y el murmullo de las voces alicoradas de los vecinos me atropelló la pregunta de mi contertulio: “¿Ve, vos cuál creés que es la canción que cualquier colombiano podría reconocer y cantar?”. Así, sin vaselina.

Pausa. Reflexión. Introspección. Rasca de cabeza. Frotada de cara. Y nada.

Ante la insidiosa pregunta por esa canción me quedé perplejo. Javier Otálora, catedrático borgeano de mentiritas, decía que ser colombiano es un acto de fe. A fin de cuentas, de qué colombiano, de qué región, de qué rango de edad, de qué clase social, de qué grupo étnico estamos hablando. Es un pajazo mental de gran envergadura eso de ser colombiano, pero no menos que ese de ser alemán, sudanés o argentino.

De nuevo pausa. Reflexión. Introspección. Traté de ser sistemático y de

amplio espectro y lo primero que se me venía a la mente era sin pena, ni gloria, ni júbilo; el himno, otro acto de fe, pero replicó el mechudo que me invitó a la barra del bar para hacerme esa encerrona: “¡HIMNOS NO!”. Desarmado y queriendo ser original, se me venían a la cabeza un montón de canciones que rápidamente se desinflaban o se caían de bruces del pentagrama por esa maña apriorística que tenemos, y que nos sirve de atajo reflexivo, de creer que nuestra experiencia personal es la de todos los humanos.

Es cierto que la música tiene una gran capacidad evocadora y empecé a pensar en buñuelos y natilla, y jolgorios familiares decembrinos, una visión idílica y romantizada de nuestras navidades pasadas a punta de chucuchucu, guaro y voladores, pero rápidamente me di cuenta de que en la Colombia que me toca vivir hoy ya no hay ni buñuelos, ni natilla, ni chucuchucu, que las tías se han ido muriendo y que el aguardiente pasó de moda hace rato en beneficio



# R A Í C E S

por FEDERICO ARTEAGA C.

• Ilustración de Mariana Parra

*"It matters not how strait the gate,  
how charged with punishments the scroll,  
I am the master of my fate:  
I am the captain of my soul".*

W. E. Henley, *Invictus*.

El problema del primer párrafo solamente se resuelve de forma egoísta, autoritaria, despótica. Con semejante libertad, la persona que asume la tarea puede verse embriagada por las alternativas, cegada por el destello del fogonazo de salida disparado en su cara, y termina perdiendo la carrera y parte de la vida sin dar el primer paso. Tener algo que decir, pero no saber cómo empezar es un dolor vital, claro que sí, y brota como un achaque, como una maleza. Cuántos trazos no desesperan por nacer en genios que no saben imaginar lo que es un lápiz. Cuántas canciones no escucharemos porque sus madres no alcanzan a hilar dos notas sin conjurar un aguacero. Consideremos, entonces, nuestra fortuna cuando alguien que ha escrito una cosa para nuestra lectura llega a su segundo párrafo sin haber perdido el camino en el primero, o nuestro tiempo y atención antes de llegar al asunto de su cuento.

Junto al cementerio de Belén, occidente de Medellín, hay un parque público para niños por la misma razón que hay campos de girasoles junto a las plantas nucleares. Los girasoles son hiperacumuladores. Absorben metales del suelo a gran velocidad, expresándolos después en tallos y hojas, haciéndose indeseables para sus depredadores herbívoros. Las niñas y los niños son hiperacumuladores. Absorben la médula de la realidad con su vampirismo adorable, y crean para siempre la clasificación de los hechos, los recuerdos y la verdad; se hacen indeseables para otras niñas y niños que crecen clasificando el mundo en categorías incompatibles con las suyas. Es como meter los tubérculos del mercado en el cajón de las medias, y viceversa. Los girasoles mantienen medianamente descontaminado el perímetro de las plantas nucleares; los parques públicos para niños sirven de última defensa contra las cosas oscuras que definitivamente hay en algunos cementerios.

Al otro lado del parque, en un desecho que lleva de la entrada del cementerio al barrio que cuida el parque público, hay un gradual desordenado. Es un mechón rebelde en el cuero cabelludo de Medellín. En otros siglos habríamos dicho que la vegetación del lugar crece con caprichos malsanos como estándares de belleza. Allí ha intentado llegar la mano educadora del hombre a guiar la terca naturaleza, pero la naturaleza parece deleitarse tercamente en torcerle la mano al hombre y robarle el reloj. Hay raíces que ofrecen troncos inconados y torcidos. Los que se estiran lo hacen de mala gana y sus hojas son endebles, como si las guadas esperaran nuevo follaje al día siguiente, y durante todo el año su mañana nunca llegara.

Hay una historia (publicada en el periódico de la comuna, nada menos) sobre un vecino del barrio que hace 45 años fue niño. Eso no es todo, un día de dicha niñez estaba jugando a las escondidas por entre los sarcófagos del cementerio, cuando a él y a sus camaradas se les apareció un señor antiguo vestido a la antigua; tenía la cara desfigurada y no los miraba, sus ojos todos negros observaban el pasto crecido en las tumbas, mientras con las manos los invitaba a irse con él.

Los niños salieron corriendo, como deben hacer los niños en historias como esta. Luego reportaron haber visto al señor otras tres veces de forma separada, pero esas seguramente fueron mentiras para agrandarse individualmente ante los ojos —café y con escleróticas bien blancas— de sus amiguitos. Un sepulturero luego les dijo que no debían irse con él, que ese señor ya no pertenecía a este mundo.

Detengámonos en el sepulturero. ¿No es esa una respuesta típica en una situación como esta? ¿Acaso algún sepulturero niega la existencia de los espantos en su cementerio? Lo dudo. Si yo fuera sepulturero, poblaría el jardín con flores inexistentes tan variadas y salvajes, que un ramillete de mi campo valdría una eternidad de gritos y pavores.

Una segunda parte de la cosa escrita que nos entrega la persona al otro lado de las palabras puede empezar con doble espacio. Sé que es una propuesta subversiva, como es contraproducente hacer silencio cuando alguien por fin se interesa en la historia que la persona ha resuelto narrar. El silencio debe ser dramático; no solamente debe funcionar como un reflector alumbrando la garganta del juglar. También tiene que permitirle a la persona que lee que descanse en el suelo la vasija rebosante de sus pensamientos. El repositorio de nuestras ideas se lleva al hombro y amaña la marcha. En la segunda parte, quien asumió la tarea de contar algo va a pedirle a quien lee que haga un segundo esfuerzo con su vasija llena, que le acompañe en su marcha amañada hacia una proposición más singular que la presentada en la primera parte. Eso requiere preparación y espacio, doble si es posible.

No es mentira. Lo que sigue es más problemático que los niños espantados por lo que probablemente era un pervertido, y no un pericido. El problema es que no se trataba de un pervertido. Lo menos probable es lo cierto en este caso: hace 45 años, un puñado de niños se topó con una persona ya muerta que quería invitarlos a un lugar de donde no podrían volver. Después de los chillidos de los niños en 1977, el espectro elegante y medio descarnado de don Julián Arias se hizo visible detrás del osario, donde se sentaba a fumar el recuerdo visible de don Adrián Cadavid, la persona que donó el terreno para el cementerio de Belén.

—El cambio es claro —dijo don Julián sin saludar—, un puñado de niños por la salida de la tierra de reposo. Unos niños por poder ir a otros lugares.

—Sí —repuso don Adrián exhalando humo tan semitransparente como ellos dos—, pero los niños tienen que querer venir. Niños robados no cuentan.

—Pero ninguno quiere venir —don Julián sonaba confundido por la negativa de la infancia a acompañar un viejo sin media cara a un mágico viaje hacia la nada donde no hay nada y nada de nada nunca jamás nada.

—No en grupo.

Don Adrián sonrió y desapareció contra la barda del cementerio que da a la Villa. Luego alumbró como un suspiro magenta en Los Alpes. Brilló atrás de la Universidad de Medellín, y se fue monte arriba, titilando como un cocuyo eléctrico y maldito. Don Julián, descarnado y atrapado, pasó diez años a partir de esa noche aprendiendo a negociar con quienes escriben las reglas del cambio.

¿Recuerdan que mencioné un gradual junto al muro opuesto del parque infantil? La guadua es un tipo de pasto que empieza su maderable vida como un pasto, luego se hace fuerte y flexible, y encuentra la muerte cuando le hallan propósito. Es la clase trabajadora más explotada en el proletariado vegetal.

No es fácil operar las raíces de una planta con tanta tierra separando al operador, pero la paciencia y la necesidad pueden lograr cosas extraordinarias si disponen de un par de décadas. Otra pregunta: ¿sabían que los seres humanos fuimos cazadores exitosos, no cuando usamos la fuerza ni la estrategia, sino cuando agotamos a la presa? Una persona determinada puede hacer que las maldiciones susurradas bajo una luna propicia lleguen a corromper

a las plantas más crédulas para que cometan actos indecibles.

¿Les parece exagerado? Recuerden que los girasoles son hiperacumuladores y enmarcan los lotes de las plantas nucleares.

Hace menos de un año, el sepulturero de turno reportó que unos niños habían visto un nuevo fantasma entre las bóvedas del cementerio de Belén. Esta vez era una mujer de unos treinta años vestida de novia que había muerto el día de su boda (esa parte fue inventada por los niños, pero una persona ve tan pocos espantos en su vida que me parece cruel coartarle su derecho a la hipérbole). La mujer no tenía quijada. Con ojos y manos los invitaba a irse con ella. En esta ocasión, los niños también salieron corriendo, como deben hacer los niños en historias como esta.

Nadie la ha vuelto a ver, pero el rumor de una mujer fantasma vestida de novia en el cementerio del barrio ha atraído a adolescentes, chicas y chicos, a portarse mal en el parque infantil adyacente al camposanto. Es el contexto perfecto para ser malvaditos con seguridad.

Después de su fracaso con los niños, la novia sin quijada apareció detrás del osario, donde don Julián Arias fumaba en las noches sin luna.

—Oj ñiñoj ño quieeen eeñiig —dijo (¿?) la mujer sin quijada a modo de saludo.

—Sí, los niños no quieren venir. Y tienen que querer venir.

—¿Cóoo hago jagga que quiegggañ eñigg?

—Ahora creo que cada quien encuentra su forma con el tiempo.

—¿Cuáaa ej ju jogga?

Don Julián la miró, capaz de sonreír otra vez después de tanto tiempo encerrado, y lo hizo esperando que la mujer entendiera lo que quería decirle.

—Mucha gente tiene sus raíces aquí.

Don Julián tiró a la nada la colilla de su cigarrillo y se fue por la barda como solía hacer don Adrián, quien jamás había vuelto desde la noche cuando se alejó como un cocuyo fosforescente. La mujer sin quijada se quedó detrás del osario y pensó que se demoraría un par de años en descubrir cómo hacer transparentes las murallas. Esa sería su forma.

Ahora, si las cosas escritas se han hecho medianamente bien, la única preocupación de los últimos párrafos debería ser la forma. La anécdota tiene que estar resuelta o casi resuelta, y deben despejarse las dudas que queden frente a la posición de la persona que escribe sobre lo que escribe. Quien estaba marcado para morir debe haberlo hecho ya, y el destino debe haber cambiado para todos los personajes, pues si no, nunca tuvieron una razón para aparecer en la narración.

Las raíces del gradual siguen creciendo en desorden. Hay varias cepas carbonizadas, como si alguien supiera para qué sirven y quisiera salvar el mundo. Yo presto atención desde cierta distancia sin preocuparme mucho. ¿Sabes por qué? Porque junto a la barda opuesta del gradual hay un parque infantil donde, por las noches, se reúnen adolescentes hiperacumuladores. No hay nada en la fosforescencia decimonónica de los espantos del cementerio que asuste a su raza extraña y bendita. De ellos es el futuro, y semejante cosa no existe. ¿A dónde irán los fantasmas para que este mundo no les olvide?©



# PIZZERIA

## CENTRO

Martes a sábado de 12:15 m a 10:00 pm  
Reservas: 321 241 8833

Calle 57 (Argentina) # 41-57  
Medellín, Colombia

Nuestra comida es un acto de amor y sanación.  
Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

DOMICILIOS  
EN MEDELLÍN

Tel.: 3168789335




# PAN



## MASA MADRE

artesanal y saludable

Catálogo, ventas y domicilios



UN PUNTO FIJO

@unpuntofijocafe  
Tel: 3041438515

- Carlos E. Restrepo  
Panadería masa madre  
Calle 51 No. 648 - 40  
Mall Aguamarina, local 6
- Laureles  
Café cultural y panadería  
masa madre  
Carrera 76 No.33A-36





## PALINURO

LIBROS LEÍDOS

@libreriapalinuro

Calle 49B#75-33  
6042609160

Compra y venta de libros



# Salvar el mundo

por SIMÓN MURILLO MELO

• Fotografías de Juan Diego Cano -  
Presidencia de la República de Colombia

**E**n Cali encontré a unos manifestantes sobre el Puente España. Eran campesinos, una contingencia nutrida que acababa de bajarse de sendas chivas. Hacían rondas, cantaban y bailaban con banderas de Cuba y Palestina. Conversé un rato con uno de sus líderes, un hombre alto de ojos duros. Venían del cañón del Micay, algo más al sur por la cordillera. Solo hacía un mes, el ejército se había tomado El Plateado, corregimiento de López de Micay, y los ministros desfilaron con tanqueta de fondo. Era esa zona, decían los generales, el nido de la subversión de Iván Mordisco. Según los campesinos las intenciones del gobierno eran construir una hidroeléctrica y desplazar a treinta mil personas.

Los campesinos del Micay eran apenas un grupo más de los muchos que protestaron contra la COP16 los tres días que estuve allí. La Minga de Cali, una de las organizaciones que quedaron en la ciudad después del paro del

21, pidió soluciones de tierra para una ciudad que se asa apeñuscada. Bomberos de la Orinoquía y el Amazonas llevaron sus camiones a la zona azul y la bloquearon por horas. Nasas de Caloto estuvieron a unos pasos de darse con la tanqueta del Esmad parqueada también afuera de la zona azul, el centro de convenciones donde se alzaba la bandera de la ONU y sucedían todas las negociaciones diplomáticas, congregación de ecologistas, políticos, lobistas, depredadores y lagartos.

Para entrar a la zona azul había que pasar una sucesión de filtros: militares adormilados reposando el fierro en la sombra de un guayacán, policía, policía de la ONU, seguridad de Presidencia. Adentro, miles hormigueaban entrando y saliendo de un aguacero de eventos. La Convención de la Biodiversidad no es un lugar para hablar de las maravillas de la vida, sino de las realidades del billete. El tema de la versión 16 volvía a ser cómo acabar con cientos de billones de dólares en subsidios a la

agroindustria, las pesqueras y la industria forestal y convertir esa plata, con lógica de economista, en una que proteja la biodiversidad del planeta. A Cali llegaban también años de discusiones sobre la secuenciación digital genética: ¿quién es el dueño de la información genética de, digamos, una planta del Vaupés usada por la industria farmacéutica suiza? “¿La humanidad?”. ¿Los suizos? ¿Colombia? ¿La gente que vive ahí?

Debajo de unos árboles, en los límites enrejados de la zona azul, Charry, consejero político de la OPIAC (Organización Nacional de Pueblos Indígenas de la Amazonía Colombiana), murui muina del Putumayo, “gente de tabaco, coca y yuca dulce”, me dijo que “nos han dejado a los pueblos indígenas apartados de la discusión. Llevamos más de veinte años luchando para que nuestra voz sea reconocida...”. “Aléjense de la malla”, nos ordenó un escolta. Charry vaciló apenas un segundo y siguió: “Deberíamos de tener más incidencia en las decisiones, pero no es así. Nosotros dependemos de la voluntad que tengan las partes acá”.

La primera apuesta de los pueblos indígenas en la COP16 era lograr la aprobación del artículo 8(j), lo que los haría cuerpo subsidiario de la convención, un subidón de peso político que los haría participantes reales y permanentes del proceso y voz en la distribución de billones de dólares. Su fuerza era palpable en todas partes de Cali, en las protestas de la calle, en los foros, en las salas de discusión. La presencia diplomática latinoamericana, especialmente de Colombia y Brasil, era extensa, y en cada delegación había decenas de indígenas.

En la zona verde, varias organizaciones del Amazonas lanzaron un grupo político transfronterizo indígena, el G9. “Para competirle al G7”. Tanto Charry como la coalición del G9 se refirieron a su preocupación por los pueblos no contactados de la Amazonía, algunos de los últimos que quedan en el planeta. “¡Sin pueblos aislados no hay biodiversidad, sin biodiversidad no hay

vida!”. Los pueblos indígenas parecían ser algunos de los pocos en la COP con la enervación que uno encuentra entre biólogos y meteorólogos meditando la catástrofe. En buena medida, la convención y sus asistentes también evitaban hacer hincapié en la serie de datos resabiados: la sexta extinción masiva, la desertificación del Amazonas, el blanqueamiento masivo de los corales, la interrupción de la corriente del Atlántico, el camino a los 2.6 grados.

Las primeras semanas en las convenciones de biodiversidad, grupos de estudio preparan versiones de textos en los que han estado trabajando los últimos años. Luego, en un tedioso ritual de escritura entre cientos, los diplomáticos terminan en un texto consensuado. El zumbido gris del lenguaje internacional está repleto de verbos ahoga-promesas: “*encourage*”, “*ensure*”, “*develop*”, “*the voluntary complementary actions*”. Si un solo país no está de acuerdo, no pasa. Y si pasa, tampoco pasa nada. La anterior convención, la de Kunming-Montreal, prometió que para el 2030 los países ricos deberían contribuir con doscientos billones de dólares solo para la biodiversidad. Para la de Cali, la promesa debería subir a cuatrocientos. Se creó un fondo para hacerlo, pero hasta la fecha el único contribuyente es China, que le ha metido míseros siete millones. El Ministerio de Medio Ambiente colombiano anunció en Cali dos fondos nuevos, uno para el Chocó y otro para la reserva Seaflower en Providencia, pero sus donantes están todavía por verse.

El primer día de lo que la ONU llama las negociaciones de alto nivel, la activista Yolanda Perea me dijo que “no creía en nada de esto”. Tampoco en la integración de negros e indígenas en el convenio: “Hasta la comida es de blancos”, dijo mirando con asco sándwiches helados. Petro abrió el segmento con un discurso sobre “la significancia de la muerte para la reproducción ampliada del capital” y profetizó que “una gran batalla por la vida se acerca”. Coronas de

plumas y kufiyas emergían entre las cabezas diplomáticas. A la salida un grupo protestó con las fotografías de algunos de los 166 defensores del medio ambiente asesinados en América Latina este año, 79 de ellos colombianos. Los primeros en el mundo.

La tarde era hermosa. Un delicado calor cobijaba la zona azul. Camino a la salida los guayacanes se mecían con la brisa de las cinco de la tarde. Las delegaciones más humildes o discretas viajaban en bus y las más ostentosas, en caravanas de carros diplomáticos. Como las grandes delegaciones llenaron todas las plazas del Inter y el Marriott, delegados del Pacífico Sur o el oriente africano terminaron durmiendo en el motel Sensaciones.

En los cuarenta, Rojas Pinilla era el comandante de la Tercera Brigada de Cali. La muerte de Gaitán le dio la excusa a políticos y hacendados para lanzar una higiénica campaña contra campesinos y bandoleros del norte del Valle. Decenas de miles terminaron muertos, perdiendo tierras y arraigos. Fue uno de los periodos más violentos de nuestra historia. Pedro Antonio Marín, que sería Manuel Marulanda, vendía obleas en Ceilán y sobrevivió a cuatro masacres en su juventud antes de cumplir 25 años y cruzar la cordillera.

Desde hacía años que la caña transformaba el Valle, una cobija verde que con las tardes ardía en nubes dulces y espesas. Pero solo fue hasta los años sesenta que un grupo de industriales, entre ellos Carvajal y Éder, implementó las ideas del demócrata gringo David Lilienthal, uno de los arquitectos de la bomba de hidrógeno. Aprovechando que el campo estaba vaciado, construyeron la Corporación del Valle del Cauca y desecaron decenas de miles de hectáreas de ciénagas, canalizaron y taparon ríos, tumbaron monte. Ese proceso se replicó en el valle del Sinú y, con otras formas, en el del Magdalena Medio, provocando enorme destrucción ecológica y social. Entre 1980 y 2000, cien millones de hectáreas de bosques tropicales desaparecieron en el planeta, 42 millones en América Latina. A

Álvaro Cogollo, el botánico colombiano más importante de nuestro tiempo, se le reveló el bosque con intensidad y belleza por primera vez en el Opón, en el Magdalena, una selva brillante que unos años después sería pasto y vacas.

La mayoría de los habitantes de Cali viven en islas de concreto y humo, rodeados por la caña y ríos moribundos. El agua de la canilla está contaminada del mercurio que baja de la minería de oro en los farallones. En el Centro de la ciudad, la multitud hervía alrededor de la zona verde, la novedad de esta COP. Cientos de eventos gratuitos al tiempo sobre el lugar en el que se vive.

En la zona verde, científicos ecuatorianos anunciaron el descubrimiento de cuatro ranas de lluvia para la humanidad. Las *Pristimantis satheri*, *broaddus*, *robayoi* y *praemortuus*. Ninguna supera los dos centímetros y medio y se camufla en hojas y raíces. Viven en un estrecho valle a medio camino entre los Andes occidentales y las selvas del Chocó, donde se encuentran las cuencas de los ríos Mira y Mataje. El herpetólogo Mario Yáñez dijo que: “Decidimos tomarla y poner el epíteto *praemortuus*, el cual significa ‘previo a la muerte’. La mayoría de los biólogos de conservación estamos colectando especies que, en gran medida, están en riesgo o proceso de extinción”.

Nada de la urgencia de Yáñez se sentía en la zona azul. Le pregunté al ministro de Medio Ambiente de Perú cómo coincidían sus promesas de cuidado del medio ambiente con las concesiones forestales legales en la Amazonía preandina. Me habló de una nueva metodología de “trabajo articulado”, y una propuesta de “desarrollo integral”. La inmensa mayoría de la degradación medioambiental del mundo es legal y promovida por nuestros gobiernos. Luego le pregunté qué pensaba del nombramiento de Martín von Hildebrand a la Organización del Tratado de Cooperación Amazónica, el único mecanismo multilateral amazónico. Se supone que la OTCA debía de tener jefe desde febrero, pero Perú no quería aprobar el nombramiento. El ministro se mostró verdaderamente

sorprendido y declaró al auditorio que no tenía ni idea qué era la OTCA, ni quién Von Hildebrand.

Las negociaciones avanzaban paquidérmicamente. Progresos en la negociación de los beneficios genéticos y poco más. El segundo día, las organizaciones indígenas estaban nerviosas: la aprobación del 8(j) peligraba. La meta de limitar los subsidios a los pesticidas también se vio envenenada después de fuerte presión lobista. La siniestra Confederação Nacional da Indústria brasileña contrató a la consultora McKinsey para mover conciencias. Representantes de Shell, Exxon y Ecopetrol ofrecieron públicamente “integrar a las comunidades indígenas en la conservación de la biodiversidad dentro de la industria de los hidrocarburos”.

Conocí a otros campesinos del cañón del Micay, integrantes de la Confederación Nacional Agraria, quienes me contaron que los campesinos con los que había hablado en el Puente España los habían desplazado a ellos y a decenas de comunidades negras para instalarse ahí. Tenían un proceso de restitución de tierras y otros en la Fiscalía. Según contaron, sus banderas ecológicas enmascaraban los intereses cocaleros de Iván Mordisco.

En Kunming se prometió que todos los países entregarían un plan para enfrentar la biodiversidad, pero menos de un cuarto cumplieron, aunque algunos países grandes y megadiversos sí lo hicieron, como China, Indonesia y Colombia. Otros, como México, entregaron borradores hechos a las carreras. Los talibanes presentaron plan de biodiversidad, así como los palestinos. (Un mullah afgano les dijo a sus seguidores a principios de este año que la huella de carbono de cada quien va a pesar el día del juicio final). Incluso Fabio Valencia Cossio, jefe de la mesa de negociación con la guerrilla del EMB (Estado Mayor de los Bloques), y Calarcá Córdoba, jefe de esa guerrilla, presentaron un plan para el cuidado del medio ambiente y la “transformación territorial”.

Las negociaciones de la plata encontraron el bloqueo de los sospechosos de

siempre. Dos años atrás, un paquete de financiación fue finiquitado por China, ante el horror de los países pobres. En Cali, Australia, Japón y la Unión Europea bloquearon cualquier intento de canjear deuda por naturaleza, rechazaron la constitución de cualquier tipo de fondo nuevo, resistieron actualizar sus promesas del año pasado y en general se negaron a cualquier caridad.

La sugerencia colombiana de introducir una referencia a la “transición de los combustibles fósiles” previamente negociada en Dubái fue inmediatamente ofuscada. Palau y un grupo de naciones isleñas del Pacífico intentaron avanzar un párrafo prometiendo “prevenir experimentos de geingeniería solar y marina” y Vanuatu, que el ecocidio fuera un crimen. Varias organizaciones protestaron contra mecanismos financieros como los créditos y las compensaciones de biodiversidad. Sostenían carteles apresurados: “La naturaleza no está a la venta”. La seguridad de la zona azul les permitió protestar, pero instaló un cordón alrededor de los seis o siete protestantes, como una pieza de museo.

Sobra decir que aquí Estados Unidos no está por ninguna parte. No es común ver gringos en la zona azul. Es el único país del mundo que no suscribe la Convención de la Biodiversidad Biológica, y el mayor delincuente ecológico. Rusia tiene una presencia fuerte y mete el martillo en cuanto subcomité pueda. Los chinos están en todas partes y son la única potencia mínimamente consciente de la escala del problema.

El embajador de China en Colombia, Zhu Jingyang, me dijo en un español difuso y elíptico que “en principio veía con mucho interés” la propuesta de Petro de canje de deuda por clima, pero que había que ver “quienes son los deudores” (China es uno de los mayores deudores del planeta). Luego habló de la “civilización ecológica” y el “progreso” de las civilizaciones. Dos mujeres nos grabaron de cerca y con atención todo el tiempo.

El 2022, la Unión Europea pasó una legislación que les impide comprar cualquier producto de la deforestación posterior al 2020. Indonesia, Malasia y,



especialmente, Brasil lo vieron como una sanción económica. Los europeos actuaron alarmados por las ambiciones agroindustriales del sur. Si el proyecto bolsonarista continúa, por ejemplo, el Amazonas perdería su capacidad de regenerarse y el continente se desplomaría a un abismo de hambruna y sequía perpetuas. Le pregunté al embajador Zhu por eso y me contestó que era “un tema muy específico sobre el que no tenía mucha información”, pero que “el desarrollo de China no se traduce a reemplazar a nadie ni a estancar otro país”.

Brasil presentó un nuevo plan para combatir la deforestación: los europeos, los gringos y los Emiratos Árabes les prestarían veinte cinco billones de dólares a seis naciones megadiversas, “la Opep de las selvas”, entre ellas Colombia, con una tasa fija de retorno por veinte años. Eso sería el capital semilla para que individuos extremadamente ricos invirtiesen cien billones más. Nigeria criticó la idea: “Nos preocupa un cambio hacia una meta abrumadoramente concentrada en la banca privada”. Bernadette Fischler de la WWF opinó que “seguir las discusiones sobre el financiamiento de la biodiversidad aquí en Cali fue tan agradable como una cirugía dental de conducto”.

La aprobación del artículo 8(j) tambaleaba. En las negociaciones, decenas de indígenas de todo el mundo se sentaban en las sillas del fondo del auditorio, atentos a cada palabra. La comunicación

era trabajosa para muchos. Buena parte de las discusiones era en inglés y la traducción simultánea era deficiente y con frecuencia imposible.

Hace unos años, un industrial azucarero, miembro de la familia Éder, me invitó a su casa en Cali. Su chofer pasó por mí. Vivía apenas a unos diez minutos en carro desde el Centro de Cali. Era una gran hacienda con caballos y vacas. En el fondo, edificios de la mafia brillaban como montañas. El hombre emergió de traje claro y pantuflas. Las paredes se acercaban al metro de grosor y la mueblería era más antigua que la república. Almorzamos mariscos del club. Él y su esposa eran encantadores, apuestos, inteligentes. En un momento le pregunté: “¿No era la caña de azúcar algo terrible?”. Procedió a hacerme un recuento exhaustivo de todas las razones sociales, económicas y ecológicas por las que la caña era un problema. Creo que no se le olvidó ni una. Mencionó la desigualdad de la tierra, la degradación de los suelos, la contaminación del etanol, los bajos salarios, la violencia en los pueblos cañeros y la dificultad de la expansión. Al final, encogió los hombros: “Es muy complicado, mano”.

Susana Muhammad, ministra de Medio Ambiente y presidenta de esta COP, se enredó en el proceso y las cuestiones de financiación, las más importantes, terminaron el último día. Indonesia y Rusia pretendían aplazar la discusión del 8(j) para la COP17 de Armenia. La

República Democrática del Congo y el bloque africano pasaron una parte importante de la conferencia intentando reformar sin éxito el sistema de transferencias del único fondo funcional, el GEF. Era difícil acceder a él y controlado por las naciones más ricas. La desconfianza era tan alta que cualquier consenso se veía lejano.

Frustrada, el Congo impidió que avanzara el marco de monitoreo de la pérdida de la biodiversidad, y al hacerlo estancó lo último que quedaba de las negociaciones. No llevaban absolutamente nada sobre la financiación, el tema más importante. El estrés de los negociadores en la zona azul contrastaba con la euforia de Alejandro Éder, el alcalde, que bailó toda la noche en la zona verde con su esposa, la exmismundo Taliana Vargas. Tocaban los Hermanos Lebrón, el público los ovacionaba. Pidió una canción más antes de cerrar el concierto: “Maestro, *Sin negro no hay guaguancó*”.

La mediación de Muhammad entre India y Suiza y la relativa disposición europea a los impuestos logró la aprobación a última hora del Fondo Cali, que recibiría las contribuciones de un nuevo impuesto global a la información genética. La legislación anuncia que las farmacéuticas, agroindustrias, cosméticas y otras “deberían” contribuir con el 0.1 por ciento de sus ingresos a la protección de la biodiversidad. La ambigüedad del lenguaje efectivamente implica

que todavía faltan unos añitos para que sea real. Las sugerencias de Palau y Vanuatu, la prevención de la geoingeniería marina y la gestación del delito de ecodidio fueron derrotadas.

La fuerte presencia indígena en la delegación de Brasil fue decisiva para lograr la aprobación del 8(j). Hubo celebración en las sillas de atrás. Los pueblos indígenas tendrían un órgano subsidiario en la Convención de Biodiversidad Biológica, lo que garantizará su independencia en las futuras negociaciones y los hará probables receptores directos del dinero internacional. En los próximos años, las ambiciones políticas de los pueblos indígenas de América y especialmente del Amazonas crecerán con la crisis.

A las 3:30 de la mañana del último día, Muhammad intentó forzar una decisión sobre un borrador que incluía la creación de un nuevo fondo. Pero el texto no pudo pasar: el *quorum* se había agotado. Las delegaciones dormían sobre las mesas o habían partido hacía tiempo. Aun así, las discusiones continuaron, el monólogo de la mesa, el zumbido del micrófono, las últimas palabras de la COP16. A las 8:30 de la mañana, con el auditorio desolado, Muhammad clausuró con un martillazo. Las delegaciones más pobres se fueron primero: reagendar vuelos era imposible. Las discusiones deberán continuar en una reunión interina en Bangkok el año próximo. Fue imposible llegar a un acuerdo. ©



YA FUE.

FELICES FIESTAS LES DESEA UC

**Canaguar**   
Revista de cine colombiano

Una publicación de  
**cinéfagos.net**

 [canaguaro.cinefagos.net](http://canaguaro.cinefagos.net)

# Navidad en el Centro Medellín Te Quiere

Revive la esencia de esta época llena de **magia y color**

Del 29 de noviembre al 15 de diciembre, comparte con tu familia y amigos de la oferta artística y cultural en:

- Avenida La Playa
- El Paseo Junín
- La Plaza de Navidad en Ciudad del Río
- El Parque de Bolívar
- El Parque Poblado
- El Parque Lleras y Perpetuo Socorro



Alcaldía de Medellín  
Distrito de  
Ciencia, Tecnología e Innovación



# MUSEO TEATRO PRADO



Palacio de los Medina. Fotografía Rodríguez, 1916. Archivo BPE



Tranvía municipal de Medellín sobre la calle Cuba. Anónimo, 1930. Archivo BPE

COLECCIÓN DOCUMENTAL · MEDELLÍN 1900 - 1940  
**LA CIUDAD IMAGINADA**  
APERTURA 2025